

EL MUNDO.

TOMO I.

MEXICO, MARZO 6 DE 1898.

NUMERO 10.



Examen de Conciencia.--El pecado de siempre.

FOR VILLASANA

LA SEMANA.

SUMARIO.---Dramas de amor.—La tiranía del hombre sobre la mujer.—La mujer es cosa y no persona.—La ley debe ser rigurosa contra los amantes asesinos.—Robos en los almacenes.—¿Enfermedad ó delito?—El Club Dramático Mexicano.—Un gran éxito y un gran programa.

En esta última semana las furias que detrozaron el corazón de Otello, se han desencadenado, como el diablo en día de San Bartolomé, y han sembrado estragos y desastres en la capital y sus alrededores. Mientras Carlos y Julia, nombres de Lamartine y personajes de Ponson du Terrail, almuerzan idílicamente en el Cerrito de la Villa y se propinan á los postres sendos tiros de revólver so pretexto de amor y celos, Francisco Lopez, nombre de Perez Galdós y personaje de Shakespeare, honrado albañil, escoje un dispensario de salud para obsequiar á su amada quince buenas puñaladas en su sitio, en premio de la abnegación y fidelidad con que ha compartido años hace con él las miserias de una posición humilde y las expansiones de un amor libre, espontáneo y que sólo bendijeron la Naturaleza y la animalidad.

Casados tan solo á la faz de Dios, lo que equivale á tanto como no estarlo, llega un día en que hastiada y aburrida Concepción, rompe libremente los compromisos que libremente había contraído; él, desesperado, loco, ciego de furor, va, la busca, la encuentra y la sacrifica sin misericordia, con tremenda saña, y descarga sobre ella una granizada de mortales golpes, como si pretendiera pulverizarla.

Tratemos de hacer la filosofía de estos hechos y la psicología de estos criminales. Lo primero que se desprende del desparramo con que los hombres matan, por quitame allá esas pajas, á sus amadas, es que se creen investidos de un derecho indiscutible de vida y muerte sobre ellas, que ejercen sobre ellas una ominosa y repugnante tiranía, que las consideran como cosas y no como personas. Ay de la mujer que dice: ¡te amo! desde ese punto ha abdicado de su albedrío, renunciando á su libertad, remachando la cadena de presidio, mientras viva y mientras el hombre quiera. Este se reserva el derecho de abandonarla, de cambiar de amores, de revolotear como la abeja de flor en flor, cuando y como le parece: ella es ya una esclava sumisa, un bien mueble que se tiene derecho de destruir cuando desagradada é incomoda, un trapo que se usa y se lleva mientras viste; pero también un harapo que se tira al basurero cuando está ya viejo, desgarrado y sucio.

* *

Esta exigencia del hombre, de conservar á la mujer, de exigirle fidelidad, de obligarla á compartir su trabajo, sus miserias, á asistirlo en sus enfermedades, á alimentarlo cuando incapacitado, á guiarlo cuando ciego y á consolarlo cuando triste, es la ley inmutable y sagrada del matrimonio; pero dentro de él es recíproca, liga al uno como al otro, los obliga á entrambos y ni el marido ni la mujer deben infringirla.

Pero en las uniones libres que el capricho anuda y que la veleidat desata, en esos pactos, prosaicos como contratos de arrendamiento, en esas uniones accidentales que el amor noble no ha sancionado, que la sociedad no ha consagrado, que no tienen por objeto la fundación de un hogar y de una familia, la educación y prosperidad de los hijos, el encauzamiento de dos vidas dentro del trabajo y de la virtud y la morigeración de las costumbres bajo la influencia del respeto recíproco y de la identificación de las existencias; en esos concubinatos, por su forma y por su fondo transitorios, como abonos de fonda ¿qué sentimiento arma la mano del hombre contra la mujer? ¿qué pasión sugiere el sacrificio de un ser libre á los caprichos de su tirano? ¿El amor? Algunas veces; pero en general son el instinto irrefrenable de la propiedad y los fueros de la posesión; la convicción de que la mujer, como el perro ó como el caballo, es *la cosa* del hombre, sin otra voluntad que la suya, sin otro anhelo que lamer la mano que la maltrata, sin rebeldías y sin exigencias, odalisca del harem, prisionera, sumisa, esperando sin reproches el pañuelo de una preferencia momentánea y contemplando sin protestas á su señor y amo en brazos de otras mujeres.

Cuando se tiene de la mujer una idea tan triste y se profesa por ella una pasión ardiente, forrada de un menosprecio tan profundo, si se subleva, si se yergue altiva, si deja de agradar, si otro le agrada, sin vacilaciones y sin reticencias se la aniquila y destruye, como se arroja al suelo y se hace añicos la copa de la orgía después de agurada la última gota de Champagne.

Los latinos heredamos de los romanos y de los orientales ese instinto animal que hace de la mujer pura y simplemente una hembra: y necesitaríamos mucha civilización, mucha virtud, mucha imitación de anglo-sajones y germanos y mucho rigor de la ley contra los amantes asesinos, para elevar nuestra dignidad elevando la de la mujer y para corregir nuestros extravíos amorosos, considerándola como un ser condenado por la naturaleza á la desgracia y por la sociedad á una inferioridad irremediable y que sólo del hombre puede esperar redención y rehabilitación.

* *

Fueron consignadas al turno por robo en un almacén de ropa tres señoritas, guapas mozas, elegantes y con todas las apariencias de pertenecer á una categoría media, por lo menos, de la sociedad. Este género de delito, como la fiebre tifoidea, que hace años no conocíamos, se va generalizando entre nosotros y está llamado á tomar carta de naturaleza en México, como ya la ha tomado en París, Londres, Viena ó Nueva York y á acrecentarse aquí como ha tomado incremento allá. En este, como en la mayor parte de los casos, la culpable, la responsable es la misma sociedad con los extravíos de criterio y con las aberraciones de principios que caracterizan la época actual.

—¿Qué es una mujer en la actualidad? Un maniquí de modista, un figurín de semanario de modas, una confección guarnecida de encaje y salpicada de joyas. En Esparta se la pedía que fuera sana, ágil, vigorosa y fecunda; en Atenas se le exigía belleza plástica, perfil correcto, contornos irreprochables; en Roma sumisión y obediencia; en la Francia del siglo XVII chispa, talento, gracejo, erudición literaria y filosófica; en la Italia del Renacimiento descoco, pasión, fuego en los ojos, aventuras extrañas, crímenes, muerte trágica; los ingleses le piden pudor, recato y castidad; los alemanes labor tenáz, talentos doméstico, fecundidad.

Nosotros al presente hemos prescindido de tantos requisitos y de tantas exigencias. Ya no pedimos belleza plástica porque no la podemos admirar; nos asustan las mujeres instruidas y chispeantes por que brillan y nos opacan; en punto á virtud sólo se la exigimos á nuestra esposa y á nuestras hijas y bien quisiéramos que las demás mujeres no la conocieran ni por el forro; lo mismo nos pasa con la laboriosidad y el talento doméstico. Hemos acabado á fuerza de abdicaciones por limitarnos á exigir á la mujer pura y simplemente que sea elegante, que vista bien, con gusto y con lujo. Pero eso sí, esta exigencia es terrible, apremiante y tiene más fuerza ella sola que todas las demás juntas.

Las mujeres que encantaron á Leonidas por el desarrollo de sus bíceps: las que endiosaron al divino Platón con la pureza de su perfil; las que sedujeron á Cesar Borgia con la fama de sus aventuras; las que inspiraron á Shakespeare con su fidelidad, su recato y su pudor los tipos inmortales de Ofelia y de Desdémona, hoy roban nuestros corazones con las vistosidades de su atavío, embriagan nuestras almas con vapores de perfumería, envuelven nuestras ilusiones y nuestras esperanzas en nubes de encaje y de guipure y deslumbran nuestros ojos no con los fulgores de los suyos, sino con los de sus diamantes.

* *

Es claro que en su afán de agradar y de cautivar las mujeres atenienses hubieran robado á la Venus de Milo los puros contornos de sus brazos mutilados; las romanas á Cornelia la grandeza de su alma, las italianas á Lucrecia Borgia sus crímenes y sus grandes pasiones, las inglesas á Julieta su pureza y su virtud, las francesas su literatura clásica á Mad. de Sevigné; pero como no podían robarlo se conformaban con renunciar al encanto supremo de su país y de su época. En esas condiciones no había más que dos clases de mujeres, las que poseían el atractivo favorito y eran felices, y las que carecían de él y vivían resignadas. En nuestra época el atractivo por exe-

lencia, el encanto dominador y soberano, el género de belleza exigido y predilecto se ostenta insolente y altivo en los aparadores de las tiendas y los anaqueles de las joyerías; por cuanto vos, todas pueden ataviarse, engalanarse, seducir y conquistar; el cetro está á la venta y al mejor postor, y cuando el padre, el marido ó el hermano no suministran los recursos indispensables, la idea de adquirir por la astucia y el ingenio los medios de brillar y de dominar, se fija en el espíritu, se convierte en una obsesión que solo viene á disiparse en la Comisaría de la Demarcación.

La patria del robo femenino en los almacenes es precisamente París, el emporio de la elegancia y el imperio de la Moda; ese delito es desconocido entre kuáqueros, mormones y demás gente sobria en el vestir é indiferente á los refinamientos del lujo.

Como era de esperarse, el robo en las tiendas de ropa, como todos los delitos, acaba por ser una especie de sport ó de diletantismo. Muchas ladronas de esta especie han acabado por robar sin necesidad, por puro amor al arte y se les han encontrado en sus casas colecciones de telas, cintas y chucherías que jamás han usado, que amontonan sin saber qué hacer de ellas y que hubieran podido adquirir sin esfuerzo y sin sacrificio, por pertenecer la mayoría de esas extravagantes á categorías sociales ricas y de alto coturno.

La ciencia se ha apoderado de este fenómeno insólito, se ha calado las gafas, lo ha estudiado y clasificado, lo ha llamado kleptomanía, y ha sugerido á las autoridades y á los legisladores considerar irresponsables y dejar impunes á las delincuentes. No aconsejariamos nosotros otro tanto. Esos eufemismos de dipsomanía, erotomanía, kleptomanía y otros de la misma asonancia no son más que la borrachera, la lujuria y el latrocinio y si sensible es que haya quien los practique más sensible sería que no hubiera quien los reprimiera. Los almacenistas y joyeros, bien que no los he consultado, son enteramente de mi opinión.

El mejor correctivo sería volver un poco á la sencillez y á la sobriedad en el vestir y volver á preferir en la muger las virtudes á los trapos; pero primero vendrá el Antecristo que el redentor de estos vicios y culpas de la sociedad que, por lo pronto, y hasta nueva orden, son su mejor adorno.

* *

Sigue el Club Dramático Mexicano luchando á brazo partido contra el género chico y la invasión zarzuelera que aqueja al arte dramático en México. Su función mensual del sábado pasado fué un éxito completo. «Militares y Paisanos» es una comedia chispeante, llena de movimienio y de vida que desdice de su origen alemán por la verba ágil y vibrante que la impregna y por lo cómico de muchas de sus situaciones, pero que revela su origen tudesco por lo decente, lo morigerado, lo pulcra, lo acicalada.

Solo palanqueando de ese lado puede el Club Dramático Mexicano recomenzar la educación artística de nuestro público y desquiciar una buena vez á «Las Señoritas Toreras» obscenas antes é insulsas despues de la corrección. El público no quiere por ahora llorar en el teatro sino reír y hay que darle momentáneamente por su juego para encarrilarlo y retenerlo; de lo cómico se puede pasar por transiciones graduales á lo melancólico primero y llegar á lo dramático despues, como se saca poco á poco á un convaleciente al aire y á la luz y como se alimenta gradual y progresivamente á un niño.

El desempeño de la obra fué excelente. Esa juventud tiene amor al arte, una buena voluntad á toda prueba, talento natural y comienza á adquirir experiencia. De todas esas dotes dió pruebas el sábado pasado en «Militares y Paisanos» y el Director de escena, bien atareado en esa obra en que se mueven tantos personajes y se precipitan y amontonan tanto los sucesos, reveló cualidades superiores y de gran porvenir.

Agréguese á todo esto un público selecto, bien intencionado, delicadamente estimulador y reclutado entre lo más granado de nuestra sociedad, y se tendrá una idea de las delicias del espectáculo noble, recreativo, decoroso que el Club Dramático supo organizar.

La idea del Club Dramático Mexicano raya en lo genial. Ya que los profesionales y empresarios del arte dramático lo rebajan, lo desnaturalizan

y lo encanallan, por qué no organizar nosotros mismos nuestro teatro y ofrecer á las gentes cuyo gusto no se ha estragado aún, y á los que quisieren encontrar su camino de Damasco, un espectáculo digno de nuestra cultura y capaz de encauzar nuestro gusto en el buen sendero?

Si la condición de éxito en toda empresa es la de haber encontrado y proponerse seguir una buena idea fundamental, la del Club Dramático es magnífica y promete los mejores augurios de prosperidad y de progreso.

Así lo deseamos para enseñanza del público y escarmiento de empresarios.

LOPEZ I.

Política General.

RESUMEN.—EL PRÍNCIPE DE PRUSIA EN LOS MARES ORIENTALES.—AURAS DE PAZ.—LA GRAN BRETAÑA Y SU ESPLÉNDIDO AISLAMIENTO.—LA ALIANZA ANGLO-JAPONESA.—LA CUESTIÓN DEL EXTREMO ORIENTE.—INSURRECCIÓN DE MACEDONIA.—RUSOS Y BÚLGAROS.—LOS ESTADOS BALKÁNICOS Y LA INDEPENDENCIA DE BULGARIA.—EL PANSLAVISMO EN SOFÍA.—RUMORES DE GUERRA.—EL ATENTADO CONTRA EL REY JORGE.—MANIFESTACIÓN ANÁRQUICA EN GRECIA.—LA ENFERMEDAD DEL PUEBLO GRIEGO.—CONCLUSIÓN.

Allá van, surcando ya los tempestuosos mares de Oriente, los cruceros alemanes con el príncipe Enrique de Prusia á bordo, á plantar el pabellón imperial sobre los recortados kioscos y macizas pagodas que bordan las costas de Kiao-Chau. Hace un mes que el *Deutsch* y el *Gefien*, penetraron á las revueltas aguas del Océano Indico, y siguiendo una ruta más corta que la seguida cuatro siglos ha por el insigne navegante portugués Vasco de Gama, se acercan á todo vapor y con el estandarte orgulloso del Imperio Alemán, desplegado en el castillo de popa, á esas playas encantadas de China, hacia donde se vuelven las miradas codiciosas de la Europa civilizada.

Ya no será la misión confiada al hermano del emperador Guillermo una empresa guerrera, ocasionada á proporcionarle frescos lauros al valiente marino y triunfos ruidosos al poderoso Káisser. Ya no podrá agregar á su escudo las leyendas de sus hazañas, y habrá de conformarse el joven almirante con recibir los homenajes debidos á su alto rango y las ovaciones correspondientes al soberano que representa.

El embrollo oriental, que un punto amenazó alterar ó romper la paz europea y estallar en explosión horrenda en aquellos mares apartados, en aquellas remotas regiones, ha entrado en un período más tranquilo y se halla lejos de las complicaciones que prometía al terminar el pasado año. China ha consentido en la cesión que ambicionaba Alemania. Rusia prosigue avasalladora, extendiendo sus dominios y su influencia en el Golfo de Petchili, reteniendo Puerto Arturo como estación de invierno por ahora, ó acaso definitivamente si así conviene á sus intereses y á sus aspiraciones; toma en arrendamiento la isla Deer al reino de Corea; arregla con los banqueros alemanes el empréstito chino que por mucho tiempo codició la Gran Bretaña y estuvo á punto de tomar por su cuenta. Francia se dispone á tomar posesión definitiva de Hainan; y todos hasta la misma Inglaterra que más ha sufrido en estos incidentes, convienen en esperar el desarrollo pacífico de los acontecimientos sin violentos choques, sin francas hostilidades.

**

El Japón á quien amenaza nueva insurrección en sus dominios de Formosa, es el único que no se conforma, que se rebela ante los hechos consumados y exige con urgencia el pago inmediato de la indemnización china, sabroso fruto de sus victorias en la pasada guerra.

Vió desvanecida su influencia en la corte de Seoul, tuvo que retroceder en sus pretensiones sobre el territorio chino á la primera amenaza de Rusia, y se sintió irritado viendo á Alemania asentar su planta en tierra que él conquistó; ha experimentado el acicate del resentimiento y acaso los amargos dejos de la envidia, viendo que sus victorias y los inmensos sacrificios que le costó la última contienda, han servido, más que en su propio beneficio, para enseñar á la absorta Europa la miseria y las debilidades del coloso chino, su fácil desmoronamiento y posible conquista, y han contribuido á dar cita allí á los apetitos y ambiciones de las potencias occidentales que sueñan con la fascinación del kilómetro cuadrado, y se afanan continuamente por encontrar mercados á sus industrias, campos á sus actividades y factorías á los emisarios de su comercio.

Pero esas contrariedades que lamenta el Mikado, apenas encuentran eco en la Gran Bretaña, la cual en su espléndido aislamiento, parece más inclinada á favor de los intereses del Japón que de acuerdo con las grandes potencias que le han arrebatado su influencia en los mares orientales y han pretendido herirla de ese modo. Mucho se ha hablado de una alianza anglo-japonesa; mas cuando no se ha hecho manifiesta en las últimas peripecias del conflicto, hay que suponer que era pura invención de corresponsales mal informados ó de agentes dados á las creaciones de la fantasía más que á las tristes enseñanzas de la realidad.

Llegue pues en su magnífica marcha triunfal el Príncipe de Prusia, llegue á las playas inhospitalarias de China, abiertas á la civilización á cañonazo limpio; llegue en buena hora á recoger en aplausos y ovaciones el fruto de la diplomacia germánica; bien está, siquiera su misión es ahora pacífica y civilizadora.

**

Pero si el cielo del extremo Oriente parece serenarse, satisfechas por de pronto las competencias que amenazaban turbar la paz sepulcral del petrificado imperio chino, no así el cielo de la mísera Turquía, que vuelve á mancharse con los resplandores del incendio y del humo de las ba-

tallas, á estremecerse con los gritos de la rebelión y con el rumor de próximas catástrofes.

Sometida la Grecia á las decisiones de los poderosos, humillada la cerviz después de la derrota, y obligada á vivir de la conmiseración de los grandes, ya parecía que el pérfido Sultán gozaría tranquilamente en las delicias del harem, las dulzuras de una paz impuesta á filo de espada, y alcanzada entre espantosas carnicerías sobre los indefensos armenios, los míseros cretenses y los patriotas griegos. Ya parecía que el Yildiz Kiosk, vigilado por turbas de genizaros y envuelto en el humo soporífero de los perfumes orientales mezclados al opio de la inacción, permanecería tranquilo, turbando sólo su silencio los eunucos y las conspiraciones secretas de los corrompidos cortesanos que acechan en la sombra el sueño lleno de fantasmas del sanguinario Abdul Hamid.

Mas ay! que la tranquilidad ha durado solo un día como las galas de la flor. Los macedonios han levantado el estandarte de la rebelión, y tras ellos la Bulgaria se agita pretendiendo acaso ser más feliz que la divina Hélade en sus aspiraciones de arrancar un jirón al manto ensangrentado del Sultán. Tiempo ha que la Bulgaria pretende romper los débiles lazos que la atan á la Sublime Puerta y la mantienen bajo un protectorado ficticio. Alternativamente, según han sido las ideas de los partidos imperantes, se han estrechado ó relajado las secretas relaciones con la corte de San Petersburgo; pero todos han visto en el autócrata moscovita, el único medio para conseguir la absoluta independencia de un Estado soberano.

Rumórase hoy que la insurrección de Macedonia es fomentada y sostenida por Bulgaria, en tanto que Bulgaria se cree apoyada por el coloso del Neva. Cuéntase también que el aislado príncipe Fernando de Coburgo está resuelto á lanzar reto formal á su señor de Stambul, y con mejor apoyo que el Rey Jorge, piensa romper en el campo de batalla el tratado de Berlín, manumitir el Estado Balkánico del dominio turco, apoderarse de Macedonia y coronarse Rey de los búlgaros.

Cuando se recuerda la peregrinación del Arzobispo de Sofía á San Petersburgo, que fué á rendir pleito homenaje al Czar como al Sumo Pontífice de la iglesia ortodoxa griega y el bautizo del príncipe Boris, católico por sus padres y griego por adopción, y el asesinato de Stambuloff en las calles de Sofía por sus manifiestas ideas anti-eslavitas, y se reunen todos estos acontecimientos, se comprenden las tendencias actuales de Bulgaria,

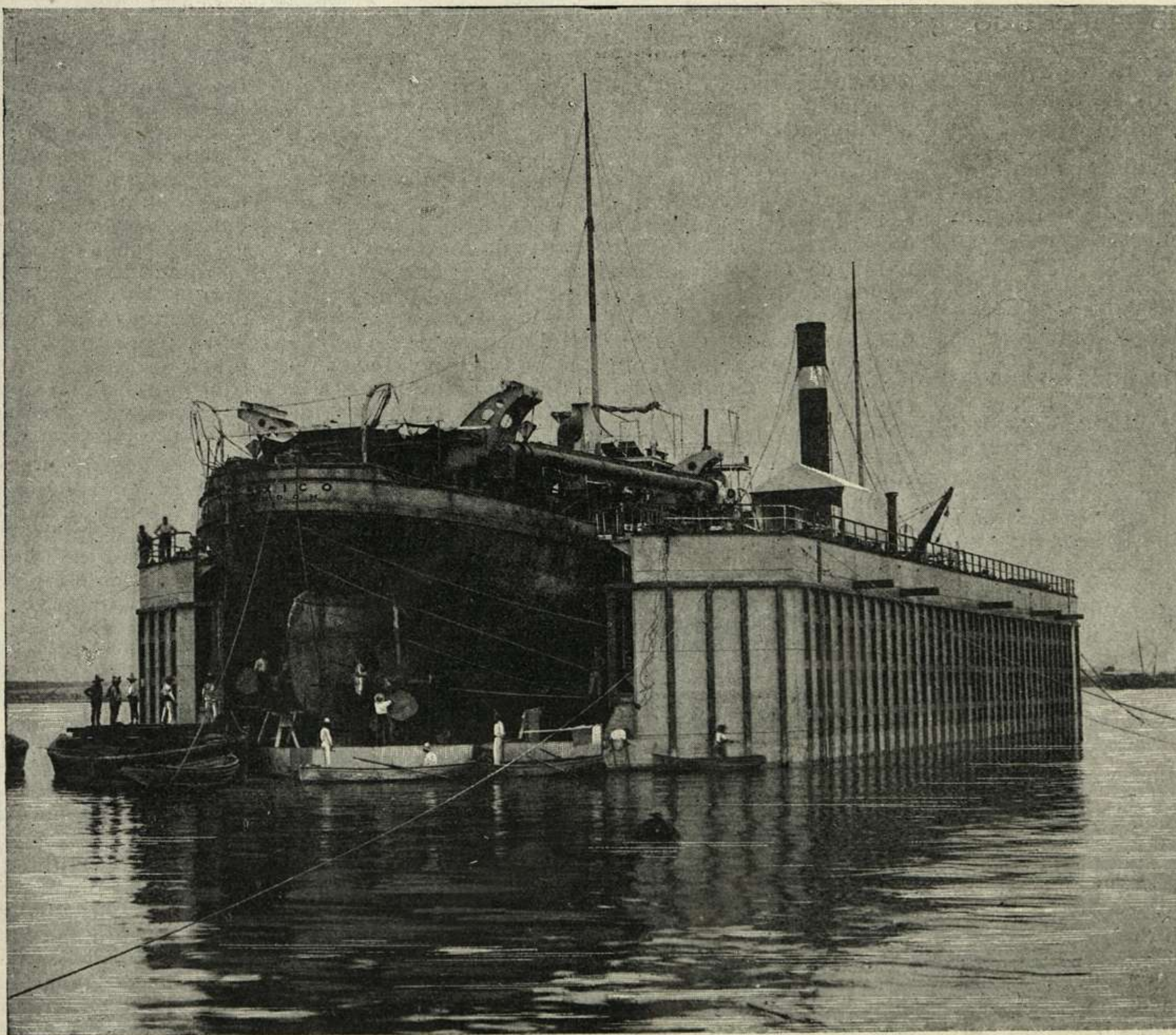
No sería difícil que si llegara á estallar la guerra turco-búlgara, menos desastrosa quizá para las armas cristianas que lo fué la última campaña de Thesalia, interviniera el Czar, renovando las glorias de Plewna y Andrinópolis, so pretexto como alguien asegura, de no haberse saldado todavía la indemnización impuesta por el vencedor después de la guerra del Danubio.

¿Qué harán los signatarios del tratado de Berlín?

**

Otro atentado de esos que hacen estremecer el corazón y ponen en los labios palabras tremendas de reprobación infinita acaba de acaecer en la capital de Grecia. El Rey Jorge, que antes de la guerra era el ídolo aclamado por su pueblo, acaba de ser víctima de uno de esos locos miserables, enfermos proscriptos de la civilización, que buscan en el crimen una triste celebridad.

Obsesado por una de esas concepciones extravagantes, que fingen en la imaginación delirante de esos enfermos transfiguraciones patrióticas y nimbos de fama imperecedera; seducido por un extraño concepto del deber, só-



LA DRAGA "MÉXICO" EN EL DIQUE FLOTANTE

DAMAS MEXICANAS

lo engendrado en las sombras de la ignorancia y las negras tinieblas de la desesperación, el infeliz Karditza, asestó los tiros de su revólver contra la augusta persona del rey Jorge, quien viéndose atacado y considerando el grave peligro que corría una hija suya, se irguió en arrebatado sublime de heroísmo paternal á cubrir con su pecho el cuerpo de la princesa, que lo acompañaba en aquellos momentos de suprema angustia.

¿De donde brotó ese producto infernal de la anarquía que amenazó la vida del soberano helénico? qué mala simiente dió vida á ese engendro monstruoso? Su filiación se encuentra entre la pléyade insensata de los que acusaron al Rey de las desgracias que afligieron á la patria helena en la primavera pasada. En esas explosiones de mal aconsejado patriotismo, en esas manifestaciones del extravío popular, allí se encuentran los gérmenes donde incubaron el criminal Karditza y sus cómplices, su criminal intento.

Afortunadamente para la dinastía reinante en Atenas, este brutal atentado ha servido para reconciliar á los descontentos con el Rey y para que renazca fecundo y hermoso el amor del pueblo para su soberano.

Las nubes de tempestad son precursoras del iris hermoso prendido en la inmensidad del cielo.

X. X. X.

3 de Marzo de 1898.

Algunos filósofos quieren dar una explicación del mundo prescindiendo del alma y de Dios. Tanto valdría querer explicar el color suprimiendo la vista y la luz.

Los títulos nobiliarios y las condecoraciones son una especie de letras á la vista giradas contra la opinión pública; su mayor ó menor estimación depende del crédito que merecen el librador y los endosantes.—*Arturo Schopenhauer.*

En Tierra Yankee.

NOTAS A TODO VAPOR

Washington-El Capitolio-Paseando

Como la de San Pedro en Roma, el domo de esta gran catedral laica de la Libertad humana, se ve de todas partes. Confesémoslo de buen grado; el Capitolio de Washington es el centro de la transformación republicana del mundo político. La teoría científica (apoyada en la observación y la experiencia) del gobierno libre, democrático y federal, reducida á preceptos en la Constitución, ha sido en este laboratorio político y judicial, reducida á la práctica. Y á pesar de que el admirable domo blanco, asentado sobre un tambor artístico de puro estilo francés neo-clásico, ha disminuido á la vista sus majestuosas proporciones de antaño, gracias al crecimiento constante de los pabellones laterales, puede decirse que, idealmente, descuella sobre todo el Continente nuestro; es la mayor altura americana. Admiro al pueblo cuyo centro de gravedad política es el Capitolio, su grandeza me abruma, y me impacienta, y me irrita á veces. Pero no soy de los que se pasan la vida arrodillados ante él, ni de los que siguen alborozados con pasitos de pigmeo, los pasos de este gigante, que, en otro tiempo, fué el ogro de nuestra historia, como los niños á los héroes de circo. Pertenezco á un pueblo débil, que puede perdonar, pero que no debe olvidar la espantosa injusticia cometida con él hace medio siglo; y quiero, como mi patria, tener ante los Estados Unidos, obra pasmosa de la naturaleza y de la suerte, la resignación orgullosa y muda que nos ha permitido hacernos dignamente dueños de nuestros destinos. Yo no niego mi admiración, pero procuro explicármela; mi cabeza se inclina, pero no permanece inclinada; luego se yergue más, para ver mejor.

Desde la noche misma que llegamos á Washington, después del teatro, sin poder dominar nuestra curiosidad, subimos como sombras por la amplísima escalinata que hace accesible la colina sagrada del Capitolio; nos sentamos al pie de la gran balaustrada, y durante una hora larga vimos de hito en hito aquel edificio ¿por qué con indefinible emoción? Es muy grande, muy regular en cada una de sus partes, aunque desproporcionado ya, como he dicho; la cúpula no totaliza el edificio, como antes; necesitaría ser cinco veces mayor de lo que es; no era ni podía ser la mía una emoción estética; era otra del orden moral, sin duda; muy confusa y muy tumultuosa brotaba de



Srta. Elena García.

DE TOLUCA.

mi memoria y de mi conciencia; pensaba yo en todo lo que ahí se había discutido, en las enseñanzas insólitas que esas discusiones entrañaban, en los actos que de ellas se han ido desprendiendo; pensaba yo en las iniquidades allí sancionadas por la facción que cometió la guerra con México y la anexión de territorios nuestros que no eran Tejas; pensaba en lo que por tanto tiempo había logrado hacer el partido esclavista protegido por la ley; en la áspera é implacable política de egoísmo nacional que con el título de "protección á la industria," no solo ha creado la industria americana, lo que podía justificarla, sino que, después de nacida y crecida, la ha mantenido en su situación privilegiada, lo que ha dado por resultado la formación de formidables divisiones sociales en el seno de la democracia, provocando el amontonamiento de gigantescas riquezas en manos de unos cuantos oligarcas y de apetitos insaciables en las densísimas masas obreras, electricidades contrarias de donde se originarán conflagraciones más pavorosas que los cataclismos de la naturaleza que cambian la forma de los continentes. Se ve bien, por contraste, esa parte obscura en la flama que esplende en este gran faro en que se combinan el elemento de la ley y de la justicia para producir la luz. El desenvolvimiento de la Constitución, su apropiación á las ingentes necesidades de este organismo que es un milagro de crecimiento, la liberación de millones de esclavos, provocando la guerra civil, para hacerla definitiva y exponiendo á la unión á disolverse, para hacer triunfar la libertad humana, y el comentario perpetuo de la ley fundamental hecho por la Corte, que con él ha embebido de derecho constitucional hasta la última celdilla de este cuerpo vivo, esa es la labor sin par del Capitolio. ¿Cómo no inclinarnos ante ella, nosotros, pobres átomos sin nombre, si la historia se inclina?

**

Subimos por la magnífica escalinata en que termina, por el lado de la Avenida Pensilvania, el parque del Capitolio, llegamos á la meseta de la colina en cuyo centro desahansa el edificio y que está rodeado de una balaustrada monumental coronada por severísimos vasos de bronce, dimos vuelta al pabellón del N. y, fatigados aunque sin sentirlo todavía, nos colocamos frente á la entrada que ve al Sol naciente. La verdad es que era aquel un sol de fuego que nos cocía con la misma voluptuosidad con que calentaba el solemne domo de metal blanco que se levantaba á nuestra vista, inmerso, esbelto y correcto como un dibujo académico grabado sobre la placa de acero del cielo. Tomamos distancia para ver bien el cuerpo central, cuya insignificancia determinada por la abrumadora curva peraltada del domo, ha quedado más acentuada por el pronunciamiento saliente de los dos pabellones la-

terales que el primitivo arquitecto no previó y que han rebajado en perspectiva la altura de la curva aumentando las dimensiones latitudinales de la base. Nos colocamos cerca de la estatua heroica de Washington, sentado en su curul romana, el medio cuerpo desnudo y castamente envuelto en paños esculturales el otro medio, nada diré de lo que me pareció esta estatua que á un viajero para mi caro, entre todos, gustó por todo extremo. Desde ahí se ve bien el domo insistente en amplísima basa poligonal, que surge, desnuda y fría, sobre los áticos centrales; encima un enorme anillo toral y sobre él un magnífico tambor columnado, forman el primer piso; más arriba un tambor de altura y diámetro menores; y descansando en un gran cinto adornado de modillones invertidos, de gracioso efecto, la curva terminal del domo ovoide, aligerado por los ojos de cristal de las claraboyas y rematado por la linterna, columnada también, alta y airosa, y que sirve de pedestal elegantísimo á la estatua de la libertad, según creo, la diosa que aquí tiene los mejores altares. Tal es el monumento. Poniendo las manos de modo que, ocultando los palacios laterales, pudiese afocar bien el cuerpo central obtuve la clara y pura visión del edificio tal como fué concebido y que hoy ha perdido su unidad que el domo resumía antaño.

Subimos por la escalinata muy bien lanzada desde el nivel del piso del pórtico hasta el de la meseta y cuya altura permite al piso inferior ceñirse de magestuosas arcadas, el domo disminuía á nuestra vista; cuando desapareció por encima del vértice del fronton, llegábamos ya á las columnas del vestibulo; los batientes de las puertas, imitación de las clásicas del *Bautisterio* de Florencia, son de bronce esculpido en magníficos relieves que representan los grandes episodios del Descubrimiento. En la rotunda, rodeada de columnas de mármol encontramos la cúpula del domo, sostenida por columnas de mármol y que atrae la vista desde el fondo de la linternilla á más de noventa metros de altura.

Yo adoro las cúpulas y los domos; desde la del Panteón de Agripa (de Adriano en realidad) incrustada en su cubo de piedra, y la de Santa María de las Flores, que es la misma, pero erigida en el aire en forma de domo por Brunellesco; y el de San Pedro (ambos vistos por mí en sueños) hasta el delicioso de Santa Teresa que se destaca gris y puro en el cielo, frente á la ventana de mi clase en la Preparatoria, todo mi horizonte interior, toda la decoración imaginaria de mis ensueños florece en domos de todas las curvas y de todos los colores. Este del Capitolio (no había visto otro mayor) me agobió y me apasionó.

El primitivo edificio, á los lados de esta rotunda soberbia, decorada con estatuas y frescos que representan de cualquier modo, escenas salientes de la historia americana, tenía otros dos departamentos destinados á las Cámaras del poder legislativo; hay uno de ellos en una especie de biblioteca de estatuas y bustos mandados por los Estados, ridículos y feos algunos de ellos, y el otro, el situado á nuestra mano derecha es el salón de la Suprema Corte Federal. No vale nada: un hemicycleo mezquino decorado con los bustos en mármol de los Presidentes del Tribunal ya muertos, atestado de pupitres en el centro y con un corto lugar para el público, frente á la curva en que están espaciados los sitialos de los jueces supremos de la Unión; ese es el local del famoso areópago americano, que ha llegado á tener un prestigio augusto y á fundar una jurisprudencia constitucional gracias á la *Inamovilidad*, que ésta enorme y extrema democracia ha sabido respetar con el sentido práctico que la caracteriza, y que nosotros, que nos contentamos con una democracia verbal y de aparato, rechazamos á son de trómpeta, en nombre de un decálogo jacobino que está ya mandado recojer.

Visitamos el Senado, primero, y la Cámara de Diputados luego, iguales de aspecto aunque de diferentes proporciones, grandes graderías de ascensión suavísima en hemicycleo también; poco lujo, no hay tribuna; cada quién habla desde su asiento. Las galerías relativamente pequeñas. Las oficinas dependientes de las Cámaras y de la Corte muy vastas y algunas suntuosamente instaladas; el salón en que el Presidente de los Estados Unidos se instala en los últimos días de sesión, para firmar las últimas disposiciones que la gran maquinaria legislativa, muy semejante á las que se emplean en la fabricación del papel, despide por resmas en sus postrimerías. Las actas de las cámaras están escritas en tiras sin fin, arrolladas en formidable cilindro; nada de esto vimos funcionar, porque Cámaras y Tribunales estaban en vacaciones.

Y seguimos subiendo, bajando, cruzando por naves, á veces decoradas al óleo, con gusto exquisito, aunque sin originalidad alguna, y cansándonos de lo lindo. Por ahí, muy á la vista, entre dos monumentales escaleras nos encontramos con un gran cuadro que representa la toma de Chapultepec. El cuadro es de una fantasía risible; aquel es un Chapultepec de teatro infantil y á más de mentiroso, es malo, pero malísimo. Por reverencia al arte debían mandar el lienzo á las bodegas. A nosotros no nos pesaría una representación verídica del combate de Chapultepec;

el sólo nos venga de todas las afrentas de la invasión americana y en esa pirámide de miserias, de vergüenzas, de sangre y de cadáveres, de derrotas nuestras y de triunfos americanos que se llama 1847, forma el vértice fulgurante, el grupo de niños sublimes del Colegio Militar que vengaron a su patria en la historia con solo morir por ella. ¡Sean benditos de generación en generación!

Bajamos por la parte posterior de aquel edificio que los fundadores de la Unión Americana quisieron que fuese algo como el centro, como el ombligo del mundo nuevo, que diría Esquilo el centro eterno, y del cual irradian las interminables avenidas de una ciudad trazada para tres millones de habitantes y que solo contiene la duodécima parte en la actualidad. Muertos de cansancio, caímos famélicos sobre unos deliciosos platos de ostras fritas y de cucarachas idem (éstas en minoría, tres ó cuatro por cabeza) en una taberna colocada en un ángulo que por la avenida de Pensilvania continúa a la plaza capitolina.

Después visitamos, en wagones abiertos, la parte nordeste de Washington, por el lado del Anacortia, pequeño río que se une al Potomac, y en donde hay más matorrales que casas, y en seguida nos desplomamos en nuestras bañaderas tibias como pantuflas de odaliscas. Ah! qué bueno; luego el barbero, el frac y á la Legación. Solo el señor Romero no se cansa en Washington.

Por ser domingo nos privamos de ascender cómodamente por el interior del altísimo obelisco de mármol blanco de Maryland, cuyo piramidió domina uno de los extremos de la ciudad y desde donde se descubre ésta en panorama espléndido; nos dirigimos en uno de los excelentes carruajes de Miguel Covarrubias hácia las afueras de Washington; estabamos muy contentos, llevábamnos por viático tres cosas que rara vez se reunen: un buen amigo, un buen sol y un buen frío. Sin tropiezo alguno, é insensiblemente, llegamos á



EL MUELLE DE TAMPICO AL EMPEZAR EL INCENDIO

blanca. Y por eso aquel parque repuesto, los pinos vibrantes y escuetos que en apretados batallones trepan por las pendientes, las selvas sembradas de flores, una que otra tumba monumental como la del simpático y bonachón general Sheridan (una estela fúnebre, una medalla de bronce clavada en ella, una palma, un nombre) las estrofas de un poema de triunfo y de muerte grabados en tablas de fierro distribuidas por las grandes avenidas del cementerio, todo es-

sagró á la muerte y ya no podía ser devuelta sin sacrilegio. La respetable sobrina de este rebelde, que creyó cumplir con un deber supremo, no defendiendo la esclavitud, sino los derechos de los Estados, prefiriendo romper el pacto federal á interpretarlo como los del Norte lo hacían, ha reclamado en vano; la casa de Lee, á quien ella ha comparado valientemente á Washington, en un elocuentísimo penagórico, es la casa de la muerte; la muerte no devuelve su presa

Cosa singular; todos estos vencedores nuestros, todos estos violadores soberbios de nuestro derecho y de nuestro territorio, han sido después vencidos en su propio suelo. Lee, que fué en la guerra de 47, despiadado vencedor, el alma de la organización técnica del ejército americano, aunque simple teniente; Jefferson Davis, el presidente de los confederados, que capitaneó en México á los voluntarios de Virginia, si no recuerdo mal, expiaron luego sus culpas (expiaron ¿porqué no? aunque soldados tenían conciencia plena de la iniquidad que cometían) como Bazaine, Doauy Margueritte y mil otros, supieron en su propia tierra á lo que sabía la derrota sin día siguiente y la humillación sin venganza. Me odiaba á mi mismo por ser capaz de hacer estas reflexiones en la antigua casa del general Lee, del hombre cuyo triunfo habria prolongado indefinidamente la guerra civil en México, quizás, pero cuya inmensa desventura nos conmueve y nos obliga á enmudecer respetuosos, como la de todos los hombres que han sabido sacrificarse por un deber.

Desde la galería exterior de esta sencilla mansión de campesino, el panorama es admirable; se vé correr sinuoso y bañado de sol al Potomac hacia el mar, reunirse con el Anacostia y huir de la metrópoli, que capitonada de vegetación y de finísima niebla parece dormir al pié del Capitolio.

Bajamos lentamente del «vivac de la muerte» como llama un poeta á aquel dulce cementerio y fuimos á tomar el lunch á la casa de Cobarrubias en la Avenida Connecticut.

Justo Sierra.



EL MUELLE DE TAMPICO.—PÉRDIDA TOTAL

una loma en que existe una especie de cuartel de inválidos, un abrigo para los veteranos no utilizables en el servicio, el *soldius home*, fundado desde el tiempo de la guerra de México con dinero recogido á los soldados del ejército triunfador en 47 á moción del honrado general Scott. ¡Un cuartel de inválidos! Sí, pero de la edad de oro, la casa, el *home*, es una encantadora finca para abrigo de una familia de pastores; ahí hay vacas, becerrillos, leche, flores, enredaderas y cañones y balas, rodeados, desarmados, digámoslo así, por todo esto. Si las bombas partieran, llevarían guías de parietarias en vez de espoletas y derramarían crema en vez de muerte; niños rosados, blondos, como hijos de Fausto y Gretchen, cabalgan sobre los pacíficos cañones y se divierten en regar las impasibles pirámides de proyectiles. Y en torno, todo es tranquilidad arcadiana, todo es vida en los bosques, en las fuentes, en los *chalets* pintorescos de aquel parque espléndido. En un recodo de aquellas sombrías avenidas de púrpura y oro, porque el verde apenas aparece en esta vegetación otoñal, bajamos del carruaje para ver entre dos ramas de árboles, en las lejanías profundas de aquel cielo de cristal, la masa del Capitolio, admirablemente diseñada, como si fuera vista por un antejo invertido.

Antes de las once del día, después de pasar el Potomac salpicado de vaporcillos aligeros y de inmóviles barcas (un río con su mansa y apacible cara de los domingos) nos internamos por el Estado de Virginia y subimos á la cima de unas colinas que dominan un gran fragmento del Valle del Potomac y el Distrito de Columbia en que está edificada y trazada la Capital de la República. Estábamnos en el cementerio de Arlington. Once ó doce mil combatientes de la guerra de secesión descansan allí en el supremo apaciguamiento de la muerte; allí los adversarios yacen codo con codo, en filas densas, como en la hora del combate; mas la bandera de la reina implacable es allí una bandera

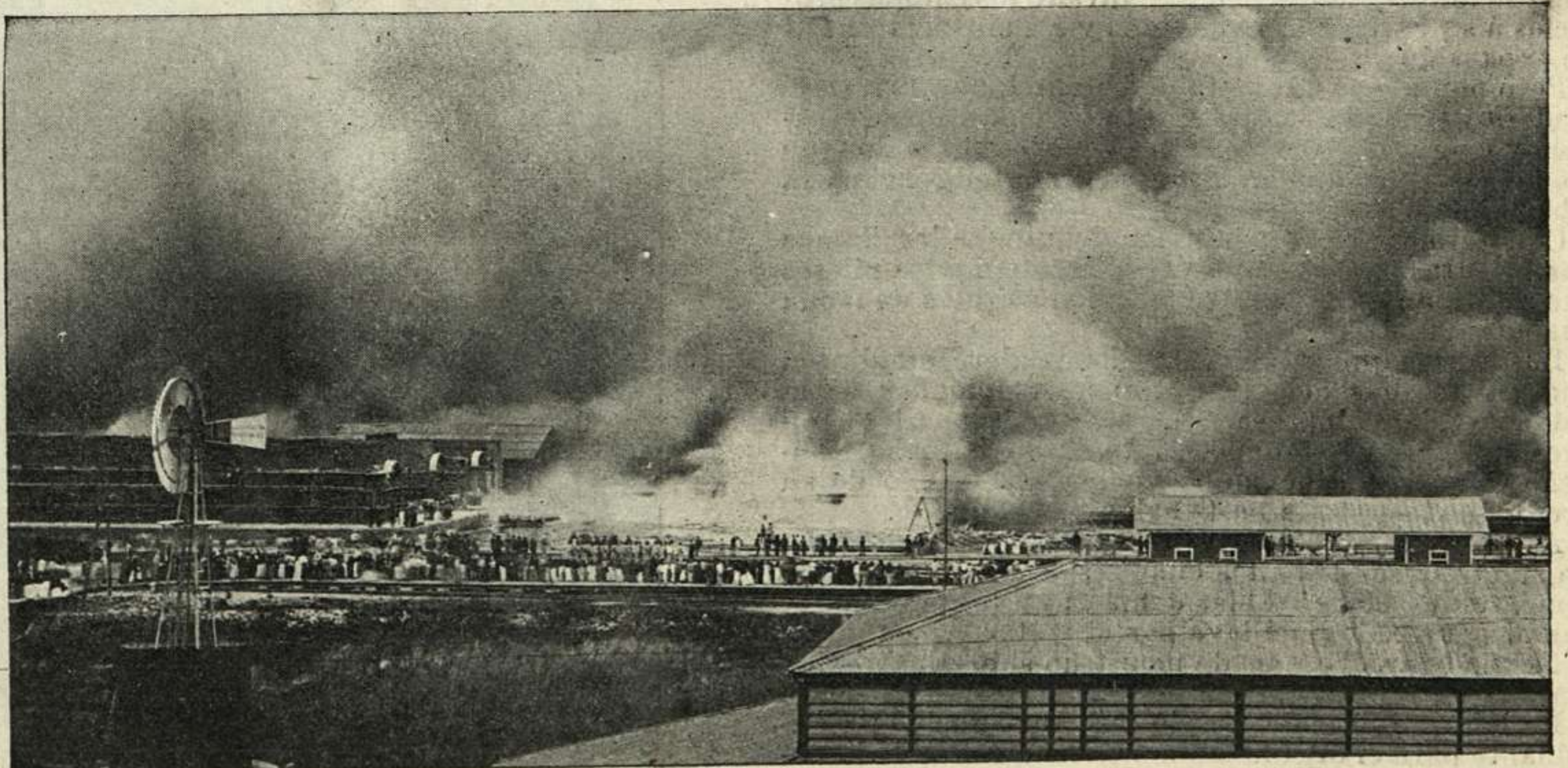
que produce una emoción grave de entusiasmo, de tristeza y de respeto; el sentimiento religioso está compuesto de estos elementos.

Otra cosa me impresionó mucho, me impresionó más: aquel cementerio es una granja del general confederado Lee. La confiscación fué llevada á cabo durante la guerra y para impedir una reivindicación posible en lo futuro, se cubrió la tierra de tumbas, se con-

El hombre en su lucha constante contra las formidables fuerzas ciegas de la Naturaleza obstinada, realiza maravillas de inteligencia y poderío cortando los istmos, perforando las montañas, canalizando los ríos, cambiando la faz de la tierra de modo que de resistente y ruda se convierta en docil y grata.

Y así esta activa generación de luchadores, puede erguirse para decir á las generaciones del futuro:

«Nosotros somos los que en gran cadena
Lleva el vapor, veloz como el deseo,
Y nos arrastra desde el Ebro al Sena



EL MUELLE DE TAMPICO.—FUEGO POR TODAS PARTES.

EL BAILE DE FANTASIA EN LA LONJA MERCANTIL DE VERACRUZ



Manuel M. Muñoz Mercedes Landero José Martínez Gertrudis Landero Elvira Landero Natalio Ulibarri Jose de la Fuente
Felix Martínez [Fot. Ibañez]

Las entrañas rompiendo al Pirineo.
Los que Atlante y Pacifico enlazamos
De hierro con perpetuos eslabones,
Los que del harpa eléctrica colgamos
En los aires, los mágicos bordones.»

Y habrá que admirar los prodigios que ha realizado el trabajo en este siglo de las grandes conquistas científicas.

¿Que es tardío, peligroso y difícil pasar por las cumbres del Monte Cenicio ó del San Gotardo? Pues pasemos por debajo! ¿Que cuesta muchas fatigas tener que rodear todo el Continente para ir de uno á otro mar? Pues partamos el Continente por la mitad!

Y no solamente se hace eso, sino que las ventajas adquiridas se adicionan con todos los refinamientos de lo confortable y aun de lo lujoso. En los ferrocarriles hay carros-palacios, fondas y bibliotecas, en los grandes vapores trasatlánticos no hay comodidad de que se carezca.

La agricultura, la industria el comercio, las ciencias y las artes, todo cuanto constituye la vida moral, intelectual y material de los pueblos, está puesto á contribución para el progreso de la humanidad, y es un triunfo universal cada verdad que se descubre, cada mejora que se instala y cada camino que se abre.

Cuando el éxito corona los esfuerzos ¡qué alegría! Ya se tendió el puente de Brooklyn, ya se encontró el Paso del Noroeste, ya se clavó el último riel del Ferrocarril trasandino! ¡Hossana, hosanna!

Pero cuando se fracasa, ó lo que es peor cuando alcanzado el beneficio se pierde y se pierde de un modo violento y trágico ¡qué decepción, qué amargura, qué protestas tan justas contra el implacable destino!

En México acabamos de entrar á la vida del Progreso, pero hemos entrado con toda el alma y con todas nuestras fuerzas; las emociones del adelanto son diarias y en el placer de las inauguraciones se ensancha el corazón, ¡sí! se ensancha y regocija, como sufre y se oprime en el dolor del desastre.

Y el desastre acaba de ocurrir!
Tampico puerto apenas naciente á la prosperidad, vió en breves días realizarse para su bien y el de las extensas comarcas del Interior de la República, los milagros del capital y del trabajo.

Se canalizó la barra, se profundizó el rio, se construyó un muelle, y empezó á entrar por allí la riqueza con ese afán ardiente con que invade los campos propicios á su vertiginosa actividad y á su insaciable sed de expansión y desarrollo.

Pero no bien se había iniciado esta labor transformadora y fecunda, la mano de la fatalidad, diosa estúpida y ciega, destruyó en unas cuantas horas lo que en largos días habían levantado la inteligencia y la laboriosidad.

Cundieron por el maderamen del muelle las llamas hambrientas y enfurecidas, se abrazaban á los pilotes y se retorciaban entre los cruceros, con rugidos de leona enamorada.

Los barcos que estaban en el fondeadero, acudieron con sus bombas al salvamento, los empleados de la Aduana y de la empresa, militares y paisanos, los hombres de tierra y los de mar, intentaron la lucha. Empeño vano! Ya el incendio se había apoderado de su presa y no la soltaria hasta haberla consumido.

Así es de implacable la naturaleza: así se despeña en aludes desde las altas cumbres; así se precipita en tempestades sobre los olas del mar; así brota en huracanados torrentes de lava por el crater encendido y así sopla con pulmones de monstruo sobre la roja llamada del incendio.

Había que hacer lo peor, lo más amargo, lo más humillante para el orgullo humano: rendirse á la impotencia, doblegarse como pajarillos sin alas, decir "¡Atah lo ha querido!" y que el fuego avanzara hasta saciar su voracidad de Gargantua?

¿No te bastan ¡oh cruel! el muelle, los almacenes, las dependencias, las oficinas? ¿Quieres nuestros hogares, nuestras vidas?

Ven; un salto del viento lo acabará todo! Tan pronto como deje de soplar el terral empezará la brisa y entonces... ¡ay de Tampico!

Pero no... el fuego cede. Cuando ya no había más que abrasar, el monstruo se fué entre sombras á quien sabe qué negras profundidades donde tiene su guarida de fiera.

Ahora... á trabajar otra vez, á rehacer lo perdido.
¡Dios ayuda á los que no desmayan en la adversidad!

Baile de fantasía en Veracruz

La Lonja Mercantil se vistió de gala para recibir á la crema de la sociedad veracruzana invitada á un gran baile de trajes de fantasía con que se celebraba el Domingo de Carnaval.

Los salones superiores se destinaron á salas de baile y gabinete de señoras, y, con este objeto, se arreglaron con delicado gusto é irreprochable elegancia, los principales departamentos, inclusive el de la biblioteca.

A pesar de que desde por la mañana empezó á llover y á soplar el viento del norte que no cesó ni un momento, concurrieron con gran entusiasmo las familias invitadas y á las diez de la noche empezó el baile.

Ya la prensa diaria ha publicado noticias detalladas referentes á ese baile que ha sido una de las notas más animadas del último Carnaval en el país.

Hoy publicamos unas fotografías en que aparecen grupos de señoritas y caballeros que concurrieron á dicho baile.

La riqueza de los antiguos

Al contemplar los grandes monumentos que erigieron los antiguos y que aún se conservan para dar testimonio del estado en que se encontraban las artes en siglos pasados, no puede uno menos que admirar tanto el arrojo de los que tales obras acometieron como la gran riqueza que debieron poseer para sufragar los gastos que necesariamente ha de haber ocasionado la construcción de tan gigantescas obras.

No deja de ser curioso el que las nuevas naciones, habiendo heredado toda ó casi toda la riqueza acumulada durante muchos siglos por sus antepasados y los tesoros extraídos de las minas de México, California, Australia, el Transvaal y otras, tienen que pensar detenidamente sobre los medios y arbitrios para construir un museo, hospital ó biblioteca, mientras los antiguos monarcas hacían construir por centenares suntuosos templos ó palacios cada vez que así lo quería su soberana voluntad.

Verdad es que los reyes antiguos tenían esclavos á quienes hacían trabajar á su antojo, pero también lo es que los esclavos había que adquirirlos mediante el dinero ó la fuerza y ambos medios son caros. Hay quien arguye que, si bien la guerra era muy costosa, en cambio el saqueo era muy productivo. En efecto, mediante el saqueo, los guerreros y los monarcas reunían inmensas riquezas, pero el pueblo saqueado quedaba reducido á la más espantosa miseria.

De todos modos, aun cuando el trabajo lo hicieran los esclavos había que mantener á estos, y la manutención de tanta gente no es una bagatela.

Por otra parte, los esclavos no eran artistas, sino cuando más, guerreros ó soldados, y no podían confiarseles ni hacerles ejecutar trabajos delicados. Tal vez los esclavos, dirigidos por buenos maestros, hayan podido construir el Coliseo ó las Pirámides, más las esculturas de los palacios de Asiria y las pinturas de los templos de Egipto, tienen que haber sido ejecutadas por artistas que, probablemente eran libres, ó si esclavos, educados con grande esmero, y no poco gasto.

Cuando leemos que la ciudad de Dur Sargunn fué construida en un campo raso, por orden del rey, en ocho años, que tenía 700 acres de cimientos de ladrillo, y murallas de 60 pies de altura, forradas de piedra y bastante anchas para que anduvieran sobre ellas siete carrozas una al lado de otra, preciso es tener pruebas irrecusables para creerlo; pero esto no admira aún tanto como la descripción del Palacio de Sargón, cuyas paredes estaban cubiertas de piedra esculpida, y todas las puertas exteriores tenían un enorme toro de piedra á cada lado.

Esas esculturas no pueden haber sido hechas por esclavos sino por artistas que las ejecutaron de encargo, toda vez que cada piedra representa algún fragmento de la historia del reinado.

Para que esas esculturas hayan sido hechas en 8 años preciso es que el rey haya llamado á todos los escultores de sus dominios y que su número formase todo un ejército.

También los sepulcros de los particulares ricos de Egipto tenían pinturas y esculturas que han de ha-

EL BAILE DE FANTASIA EN LA LONJA MERCANTIL DE VERACRUZ



Luis Pasquel Laura Muñoz Carmen Pardo María Vendrell H. Gonzalez Paez Concepción Dominguez
Luz Vila Mercedes Ascorve Joaquín Pardo [Fot. Ibañez]



Luis Millán Amalia Jimeno Joaquina Vendrell María Samará Luis Muñoz Daniel Mirón Luz Muñoz María Martínez Rufina Landero Arturo B. Ascorve Concepción Zulueta

ber sido hechas á expensas de la familia por artistas libres.

Estas consideraciones han hecho dedicar mucho tiempo y trabajo al cómputo de las riquezas que poseyeron los antiguos y por las indagaciones practicadas se ha venido en conocimiento de que los bienes terrenales no han estado nunca mejor repartidos que ahora.

En la historia de Babilonia se describe un templo cuyas paredes estaban forradas de placas de oro y cuyos ornamentos de oro y plata valian cerca de sesenta millones de pesos, de nuestra moneda. De la estatua de Nabucodonosor se dice que contenía oro por valor de \$18,000,000; de las riquezas que dejó David, que ascendían á 750 millones de oro y mil millones de plata, pero no se sabe de fijo cuanto valía el talento hebraico. El saqueo de Alejandro, que es histórico, produjo en Babilonia 70,000,000 de libras esterlinas: en Persépolis, 180,000,000; en Pasargurde, 9,000,000; en Escotana, 270,000,000. ó sea por tecto unos 520 millones de libras esterlinas.

En cuanto á las fortunas particulares, se refiere que Crespo tenía 1,600,000 libras esterlinas en dinero y otro tanto en bienes inmuebles, Séneca £2,450,000, y Sentulus, £3,250,000.

La luz y los organismos.

En la revista *Tilkueren*, Herr Bang publica un curioso artículo acerca de la influencia de la luz sobre los organismos vivos, y en él da cuenta de los numerosos experimentos hechos últimamente para curar enfermedades por medio de rayos distintos del prisma.

En éste hay colores químicos y colores calóricos. Si se coloca un papel [fotográfico sensibilizado bajo la acción del espectro solar, se observará que los rayos azul y violeta le impresionan mucho más que los otros y que la influencia de la luz sobre él va disminuyendo á medida que se acerca el extremo rojo del prisma. Con las propiedades calóricas de los rayos del espectro solar sucede todo lo contrario; los rojos son los más calientes. Tenemos, por lo tanto, dos escalas: la de influencia química y la de influencia calórica, que progresan en sentido inverso dentro del prisma.

Además de los colores visibles del espectro hay muchos otros que no vemos, y que, sin embargo, tienen notable fuerza. Mucho más allá del extremo rojo del prisma el termómetro sigue subiendo bajo la influencia del calor, y estos llamados rayos calóricos ultrarojos tienen una esfera de acción mucho más amplia que la de los visibles. De igual manera, más allá del extremo visible del violeta hay rayos invisibles para nosotros pero que poseen gran fuerza química.

Puede por lo tanto decirse que la luz se compone de rayos calóricos (el rojo y los ultra-rojos), y de rayos

químicos (el azul, el violeta y los ultravioletas.) Pero entre éstos y otros están el amarillo y el verde que constituyen la sección más fuerte del espectro en sus efectos sobre la vista. Y resulta que esos colores rojo, amarillo y verde tienen también influencia química, aunque operan solo sobre organismos sensibles, como lo son precisamente los organismos vivos.

A las plantas en general conviene la luz roja, porque ésta y la amarilla tienen el poder de asimilar el ácido carbónico y de transformarlo en alimento; á su vez el verde, el color de las plantas, tiene el privilegio de absorber los rayos rojos y amarillos y de repletar hasta cierto punto los demás. Por eso son verdes las plantas. Los rayos azules y violetas perjudican el crecimiento de los vegetales. La esponja, desprovista de hojas verdes, huye de la luz en vez de buscarla.

Lo mismo sucede con los bacterios. Estos, como casi todos los organismos enemigos de la humanidad, son enemigos de la luz; y algo de esto debieron adivinar nuestros antepasados cuando desde tiempo tradicional se viene llamando "rey de las tinieblas" al diablo, es decir, al enemigo del hombre.

Conociendo este odio de los bacterios á la luz, es naturalísima la teoría de que debe emplearse la luz para su destrucción. Así se viene experimentando y haciendo desde hace años, justificándose de este modo la razón del refrán italiano que dice que el médico entra en las habitaciones cuando se echa de ellas la luz. Solo que el sol no puede por sí solo realizar la tarea purificadora de exterminar microbios; hay que ayudarlo, distinguiendo cuales son sus rayos favorables y cuales los adversos á los organismos enemigos del hombre.

Según los experimentos realizados, los colores más antagonicos á los bacterios son el azul y el violeta, lo mismo que con las plantas.

No cabe tampoco duda de que la luz ejerce poderosa influencia sobre los animales, aunque nuestros conocimientos acerca de ello son todavía muy escasos.

Los efectos de la luz sobre la piel han sido también muy estudiados. Creíase que el tostado de la piel y las quemaduras que el sol produce sobre el cutis eran efecto de los rayos calóricos; pero se ha comprobado que los rayos químicos, y no los calóricos, son los que oscurecen la piel y la queman; buen ejemplo de ello es que los viajeros árticos y los alpinistas son los que más padecen las tales mal llamadas quemaduras, pues aunque el sol no calienta gran cosa en las regiones por donde viajan, las extensiones de blanca nieve reflejan con extraordinaria fuerza la luz solar.

Ahora se recomienda á los exploradores que van al Polo y á los que van donde hay ventisqueros, que se cubran cara y manos con un velo amarillo, como la mejor defensa contra los rayos violeta, que son los que queman con su acción química.

Desde el momento en que se ha visto que el exceso de ciertos rayos de luz perjudica á la piel, se ha pensado que la exclusión de esos rayos podía ser beneficiosa en determinados casos. Este razonamiento, que

no puede ser más lógico, fué el que indujo á Finsen hacer tres ó cuatro años á ver de curar la viruela con la simple exclusión de la luz.

Muchos años antes, los médicos ingleses Black Barlow y Waters experimentaron eso con resultados muy favorables; pero como no explicaban su teoría de un modo científico, nadie creyó en ella: Finsen, sin embargo, ha hecho sus experimentos después de profundos estudios acerca de la influencia de la luz sobre los organismos vivos.

Descubrió que los rayos azules y violetas son perjudiciales, y como la obscuridad completa es molesta para los enfermos y para las personas que tienen que asistirlos, Finsen decidió someter á sus pacientes á la luz roja, cubriendo al efecto ventanas y puertas con telas coloradas. Creyóse entonces que los enfermos sanaban por efecto de la luz roja; pero Finsen ha confesado que no era así, sino que curaban por la exclusión de los rayos color azul y color violeta.

Este método ha sido ensayado en Dinamarca y en Alemania, y de setenta atacados de viruela solo murió uno, y los demás sanaron sin que les quedaran señales. Con un enfermo que estaba ya casi curado y á quien solo quedaban algunas en la mano se hizo el experimento de sacarlo á la luz del día; el resultado fué que las pústulas se llenaron de materia y dejaron señal, mientras que las tratadas en el cuarto rojo no dejaron rastro alguno.

Es un hecho curioso que en la Edad Media había costumbre de encerrar á los virulentos en cuartos pintados de rojo y con vidrieras rojas, y que China y el Japón se sigue igual sistema, llevándolo al extremo de que á los niños atacados de viruelas les dan muñecas encarnadas para jugar.

Con el lupus, una de las enfermedades de las más persistentes y peores, se han hecho también experimentos que abren la puerta á fundada esperanza de curarlo por medio de la exclusión de los rayos azules y color violeta.—Wanderer.

NUESTROS GRABADOS

El pecado de siempre.

Naturalmente era preciso confesarse ya que se llegaba á la cuaresma, y confesarse no así como quiera, sino en confesión general, que tal deben hacer las niñas piadosas en estos santos días.

Mas, Dios eterno! quien va á tener memoria para tantos pecados.

Por fortuna ahí está el consabido papelito en que se toma nota exacta de todas las faltas á medida que vienen á la memoria y luego se lee ante la rejilla con temblores y sonrojos innarrables.

Y no son los pecados en general los que ponen el alma en un hilo, sino uno, uno solo: *el pecado de siempre*, ese de que no se puede una arrepentir por más

DAMAS MEXICANAS

que hace; ese que se obstina en volver; ese que.....que vamos, no acabará hasta que la niña se case; la plática nocturna desde el balcón con el consabido novio.

Hasta eso, desde que llegó la cuaresma la niña le ha puesto las peras á veinticuatro. El viernes no se platica porque es día de vigilia, y el sábado porque es día de la inmaculada. No se priva ella acaso de dulce en la mesa? Pues porqué no se ha de privar de plática.

El domingo, se puede comer dulce... y platicar también.

Pero mamá no quiere. Mamá dice que es necesario limitarse á la visita oficial y la charla por el balcón constituye por lo mismo, y además de todo, una desobediencia.....

Mas quién va á contentarse con la visita oficial, Dios mío!

Eso de que las miradas vuelen como pájaros locos á encontrarse, de un sillón á otro y de que las bocas hayan de estar quietas.

Y cuando hay celos no poder ni siquiera amohinarse.....

Nada, que es irremediable ese pícaro, ese nefando ese inevitable pecado de siempre.

Y la joven sonríe al apuntarlo porque piensa que si hoy viernes toca confesión y comunión, mañana sábado comunión, el domingo es día de gracia; se puede comer dulce é incurrir.....pues en el pecado de siempre.

El Dique flotante.

Desde hace años que viene preocupando al Gobierno del Sr. General Diaz la importante cuestión de que puedan ser carenados en nuestro propio país los barcos nacionales, sobre todo los que están al servicio de la República, como guarda costas, guarda faros y escuelas de práctica naval.

Ya se habian hecho anteriores ensayos en Lerma con un dique flotante y un arsenal naval, en Acapulco con un varadero y aún creemos que también en Mazatlán se estudió algo relativo al asunto.

Ahora al fin se ha llegado al éxito con el dique flotante de Veracruz, en el que actualmente se está carenando la Draga México.

Hoy publicamos copia de una fotografía de dicho dique.

EL PAPEL ANTIGUO

Es frecuente oír opiniones de los seudo expertos sobre el efímero carácter del material con que se hacen los libros modernos y los documentos, pues se dice que el papel es de mala calidad y la tinta de tal naturaleza que no puede menos de borrarse muy pronto. Compáranse estos materiales con los otros que se usaban siempre para el mismo objeto en los buenos tiempos antiguos y la diferencia que entre ellos resulta sirve de pretexto para hacer á la industria moderna toda clase de reproches. Mas no falta, sin embargo, quien defienda á los nuevos productos y hasta el análisis científico parece estar de su parte. En efecto, en el laboratorio del ejército alemán se han hecho pruebas muy prolijas y sus resultados indican que el papel con que se hacían los libros y documentos en los tiempos antiguos no solamente no es superior al que ahora se emplea, sino que tampoco es tan bueno, antes más bien, muy inferior en todos respectos.

La revista alemana que publica el resultado de esos experimentos hechos por Herr W. Herzberg, relata la historia de la fabricación del papel en Europa desde el tiempo en que la industria fué introducida en España por los moros en el siglo XI hasta una época relativamente reciente, y afirma con acopio de pruebas que desde su principio el papel se consideraba útil solamente para los documentos que no habian de guardarse largo tiempo y que cuando se empezó á usarlo para hacer libros encuadernados se creía necesario alternar las hojas de esta materia con otras de pergamino para darles resistencia. En aquella época estaba prohibido escribir documentos públicos en materia tan frágil como el papel, y solo cuando el arte de su fabricación hubo mejorado mucho fué sustituyendo el papel al pergamino.

La inspección que se ha hecho de varios cientos de legajos que se guardan en la Biblioteca Real de Berlín, no demuestra que el antiguo papel tenga propiedad alguna que le haga ser muy durable. Al contrario, muchos de ellos tienen las hojas en tan malas condiciones, que se deshacen al tocarlas y la tinta se ha borrado hasta el punto de que no se distinguen las letras.

Muchos suponen que la durabilidad del papel depende del material de que se hace y la creencia de que el moderno es de mala calidad, se basa en que no se hace ya con trapos como antes, sino con pulpas de madera y otras substancias, pero en realidad el método que se emplea para la fabricación influye en la calidad y en la fortaleza de tal modo que el material no es más que uno de los muchos elementos que hay que tener en cuenta para apreciar la bondad del producto.

No hay que dudar que hoy se hace mucho papel malo, pero también está fuera de duda que la industria produce en la actualidad un artículo muy superior al



Srta. Luisa Alcázar

DE GUANAJUATO

(Fotografía de Torres)

que jamás existió en los tiempos antiguos y la generalidad de los libros que hoy se imprimen son más durables que los mejores que produjeron los siglos pasados. La industria de la producción de libros avanza apresuradamente y no retrocede como afirman aquellos que creen que no tenemos ya de bueno más que lo que heredamos de los antiguos.

El mecanismo del reloj de bolsa

Está admitido en todas partes que el mecanismo de un reloj de bolsillo es sumamente delicado y una de las combinaciones más admirables que el ingenio humano ha producido; mas la familiaridad que tenemos con esta prenda de uso diario, es causa de que no se aprecie como es debido el mérito de tan diminuta máquina, producto de siglos de estudio y de trabajo.

Un reloj medianamente bueno se compone de no menos de 98 piezas, y su fabricación exige más de 2.000 operaciones distintas. Algunos de los tornillos más pequeños que en ellos se encuentran, son tan diminutos, que el ojo humano apenas puede distinguirlos de las partículas de basura que suelen meterse entre las ruedas, pero cuando se examinan mediante un poderoso microscopio, se descubre que son tornillos perfectos, con sus espiras regulares y bien hechas.

La ranura que tienen en la cabeza apenas mide 2 centésimas partes de una pulgada de ancho. De estos tornillos se necesitan 308.000 para que den una libra de peso y esa cantidad vale 1,585 pesos. El pelo de la rueda volante es del más fino acero; tiene unas 9 y media pulgadas de largo, una centésima parte de pulgada de ancho y 27 diezmilésimas partes de una pulgada de grueso. El procedimiento que se usa para templar estos pelos de acero se guardó en secreto por mucho tiempo y sólo le conocían unos cuantos individuos. Aun hoy es operación que saben hacer muy pocos. Hasta ahora no se ha inventado ningún instrumento capaz de medir el espesor de esos pelos con bastante precisión para que se sepa de antemano la fuerza que han de tener cuando estén acabados. Una diferencia de dos centésimas partes de una pulgada en el espesor de uno de estos pelos, es suficiente para hacer que el reloj en que se ponga se adelante ó atrase unos seis minutos cada hora.

El valor de estos muelles ó pelos ya acabados y listos para ponerlos en los relojes es enorme en proporción con el material de que se hacen. En efecto, una tonelada de acero en barras vale poco; pero cuando se ha convertido en muelles de esa clase vale unas doce veces más que la misma cantidad de oro puro. El alambre de que se hacen estos muelles pesa 1,20 de un grano por pulgada, y en media libra entran cerca de dos kilómetros.

La rueda volante de un reloj vibra cinco veces por segundo. 300 veces cada minuto, 18,000 cada hora y 432,000 cada día.

La conservación de la vista

Si hay en el cuerpo humano algún órgano que merezca ser cuidado con mayor esmero que los otros, ese órgano es sin duda el de la vista, precisamente el que mayor abusa tiene que sufrir en la actualidad, y el que menos atención recibe hasta que llega un día en que no pudiendo resistir más, se pierde y su falta hace que su importancia se estime en lo que vale. Entonces, cuando ya es tarde y tal vez el mal no tiene remedio, es cuando no se omite ningún sacrificio para recobrar la vista. Mientras ésta es buena, no se piensa nunca en el daño que hace el leer cuando se va en el tren, en un tranvía ó en coche, ó en la falsa economía que es hacer lo mismo por la noche con la poca luz de un candil ó de una vela. Aun cuando la lectura se practique durante el día, con luz natural y sentado en cómoda butaca, es muy importante dar descanso á los ojos, lo cual se hace cerrándolos de vez en cuando por un rato y fijándose después la vista en algún objeto distante para que cambiando el foco descansen los nervios que trabajan cuando se lee, teniendo el libro cerca.

Es también muy importante consultar á un buen oculista en seguida que se note que la vista se debilita. La matemática de los ojos se entiende ya hoy perfectamente y, gracias á ella, los ópticos producen anteojos especiales, no solamente para cada individuo, sino también para cada ojo, pues hay que notar que son muy pocas las personas cuyos ojos no necesite anteojos distintos. El astigmatismo y la miopía son defectos de la visión que hoy se corrigen fácilmente con el uso de anteojos apropiados que hagan á la luz llegar á la retina en ángulo conveniente para corregir la aberración.

Algunos se extrañan de ver á tantos niños con anteojos y eso les hace creer que los defectos de la vista se están haciendo más frecuentes cuanto más adelanta la ciencia óptica, pero lo que en realidad sucede es que hoy se descubren temprano los defectos de los ojos y se procede en seguida á corregirlos con el uso de anteojos apropiados, de donde resulta que, cuanto más crece el número de personas que ocurren al arte de la óptica, tanto más decrece el de los ciegos.

Los zapatos, los cuellos y los corpiños apretados son muy perjudiciales para la vista porque entorpecen la circulación de la sangre, pero uno de los peores enemigos que la vista tiene, es el velo que usan las señoras, sin darse cuenta del daño que les hace. Para convencerse de eso, basta un sencillo experimento que se puede hacer en cualquier parte. Escójase dos ó tres velos de textura diferente y trátense de leer á través de ellos un periódico colgado de una pared.

El velo, cuanto más tupido, es más nocivo y, los que tienen motas, constituyen el material que hace ricos á los oculistas.

Iré al Templo

Bueno, mi vida, lo que quieras, todo!
Adoré á tu Dios con fanatismo:
Es el mío, no lo dudas, es el mismo,
Pero lo vemos de distinto modo.

Juntos al templo iremos. Allí en calma
Con devoción y fé, sin presunciones,
Rezarás en tu libro de oraciones,
Yo le hablaré en secreto con el alma.

Le pediré llorando por mi padre
El que en el mundo de los muertos vive,
Le rogaré también que no me prive
De ir á besar las canas de mi madre.

Y que permita que se llegue el día
En que deban unirse los humanos,
Que nos amemos todos como hermanos,
Y que nunca me olvides, vida mía.

Que refrene en el alma la pasiones
Indómitas, reóldes, borrascosas—
Esto se lo diré con otras cosas
Que no estan en tu libro de oraciones.

MEDARDO FERNANDEZ.



GOCES DE PRIMAVERA

EN PLENA NOCHE

I

Ya la noche su tienda de sombras
Lentamente prendió en las montañas;
Ya en los campos se cierran las flores;
Ya en los nidos se pliegan las alas.
Ya está todo callado,—El rocío
En los cálices tersos resbala,
Como en una mejilla de virgen
Silenciosas descienden las lágrimas:
Ya en la húmeda copa del árbol
Colgó el viento la éolica arpa;
Ya salió el leñador, de los bosques;
Ya no suenan las trompas de caza.
Algo queda de luz en Ocaso:
Un cendal transparente, una franja
Amarilla y azul, que parece
Salpicada con granos de plata.
Pero pronto el fulgor de la tarde
En el negro océano naufraga:
Ni una estrella cintila en el cielo,
Ni una antorcha en la tierra se alza.

II

¿Dónde vas, caminante sombrío,
Que así llevas desnuda la espada,
En el cinto el laud, y en los hombros,
Como un manto flotante, la capa?
¿Te intimida el crujir de las mustias
Hojas secas que quiebra tu planta?
¿Te parecen los álamos negros
Que en las sombras se esfuman, fantasmas?
¿Tienes miedo?... De qué? ¿Del pantano
Que recorren fatídicas llamas,
Fuegos fátuos que son en la sombra
Movedizas y cárdenas manchas?
¿Tienes miedo?... De qué? ¿Del ruido
melancólico y vago del agua
Que al caer en la roca semeja
Misterioso rumor de palabras?...
No: tristeza, tristeza infinita
Es la que ora tu espíritu asalta,
A! mirar esta noche tan negra,
Tan medrosa, tan triste y tan larga!

III

Oh poeta! La noche es de ébano;
Mas la densa negrura brillanta
Algo aéreo, sutil, fugitivo,
Como orlas de túnicas blancas,
Como bruma deshecha y flotante
O girones de velos de gasa;
Son los dulces recuerdos, poeta,
Que atraviesan las noches del alma
Ah! desprende el laud de su cinto;
Y detén un instante la marcha:

Ya lo sé; tienes cita, es la hora,
Y Julieta ha tendido la escala;
Es muy tarde, el castillo está lejos;
Es muy tarde, tu novia te aguarda;
¿Pero no te conmueve esta sombra,
Este horrible silencio, esta calma?
¡Oh poeta! que vuelen los versos
En brillante y sonora parvada!
Piensa en todo lo grande, en tu anhelo,
En tu amor, en tus penas, y canta!

IV

Cuando hiere tu mano las cuerdas,
¡Qué armoniosos preludios arrancas!
El cristal de la estrofa se rompe
Al sentirse besado del aura!
Quizá llegue á chocar en los vidrios
De la estrecha y obscura ventana,
Esa nota doliente que lleva
Un suspiro y un beso á tu amada.
Más... ¡que oculto poder el del canto!
¿Por qué tiene tu voz esa magia?
¿De qué anciano hechicero aprendiste
A evocar estos sueños que exaltan?...
Se ha encendido de pronto la selva:
Se ha llenado el ambiente de áurea
Claridad, y una red luminosa
Se ha tendido en el haz de las aguas.
Todo brilla en la obscura tiniebla,
Todo explende; mirad en las ramas
Un puñado de insectos que brota
Como un roto collar de esmeraldas.
Se columpia en el negro follaje
Una flora luciente y extraña...
De alabastro los lirios; de púrpura
Las camelias; las rosas de nácar.
Tras el muro de encinas del bosque
Desgarrando una nube, levanta
La mitad de su disco la luna
Que parece una rosa de plata.

V

Entretanto, las ninfas desnudas
En el lago tranquilo se bañan;
Y los gnomos las miran de lejos
Ensanchando sus ojos de llamas.
Allá van!... Allá van!... Perseguidas
De los silfos. ¿Las veis? Son las hadas:
En los juncos flexibles se posan,
O recorren la atmósfera diáfana.
¡Como van despertando los besos!
¡Cómo llenan el aire de ámbar!
¡Cómo cruzan las frondas, y en ellas
Entretejen brillantes guirnaldas!

Son las flores el tálamo donde
Acaricia Oberón á Titania...
Allá van! Alla van!... Ligerísimas
Vaporosas, risueñas y aladas!
Y esas niñas vestidas de blanco,
Quiénes son? Las memorias de infancia...
¿Y esa tropa riente de silfos?
Los primeros amores que pasan...
Ya desciende el querub del ensueño,
Ya surgís de la verde enramada,
¡Ilusiones, caléndulas de oro!
¡Mariposas de luz, esperanzas!
¡Cómo se ha transformado la noche!
¡Cómo la honda tiniebla se esmalta!
Ah! qué inmenso poder es el tuyo!
Tañe, bardo, el laud, canta... canta!

VI

Allí está!... Se prendió tras el bosque
Un cendal luminoso, una franja
Amarilla y azul, que parece
Salpicada con polvo de plata.
Todo va despertando... El rocío
En los cálices tersos se cuaja;
Y ya el viento recorre los valles
Entonando sus dulces baladas.
Leñadores! Volved á la selva,
Continuad la monótoma charla
De los troncos que gimen heridos
Al vibrante rumor de las hachas.
Cazadores! tomad la ballesta;
Perseguid á los siervos que saltan,
En los hombros poned los alcones
Y tocad en las trompas de caza.
Y tú, triste y errante poeta,
Ya no cantés; los pájaros cantan.
Ya la noche pasó; ya se abre
La pupila curiosa del alba!

VII

Margarita, ya viene la aurora;
Margarita, llegó la mañana;
Si hubo sombra, y tristeza, y silencio,
Ya se hizo la luz en tu alma.
Mas ¡quién sabe! la noche es artera;
Quizá llegue muy pronto, enlutada,
Y otra vez se derrame en tu vida,
Como entonces, tan triste y tan larga.
Ojalá que á través de la sombra
Se adelante y detenga la marcha,
Un poeta que evoque tus sueños,
Y despierte tu fe y tu esperanza!

Luis G. Urbina.

DE LA MISERIA

AL CRIMEN

La lancha de vapor que hace el servicio de Calmar á la isla de Elandia, acababa de tocar en Farjedalen, y los pasajeros se preparaban á desembarcar bajo un sol brillante que hacia chisporrotear las aguas del puerto. Tomaban el puentecillo presurosos para ir á sus negocios y eran casi todos campesinos. mozo de servicio de ambos sexos, ó pescadores de aquellas costas.

Cuando la multitud se dispersó, un individuo de aspecto miserable y traje raído, quedó solo en el desembarcadero. Parecía tener á lo más veinticuatro años, y sin embargo estaba tan abatido por la miseria, que andaba como un viejo á quien hubieran debilitado largas privaciones. Dió algunos pasos indeciso; luego, echándose á la espalda su fementido equipaje, tomó el camino de la población.

Era la primavera. La nieve se había fundido. Las lianas cruzaban la anchura del foso y los botones verdosos de las anémonas comenzaban á aparecer aquí y allá. Una niebla sutil se elevaba de la tierra remojada por el deshielo, y un vientecillo fresco soplabla haciendo susurrar á los álamos que bordaban el camino.

El vagabundo pasó sin detenerse delante de varias construcciones rurales, y despues se detuvo frente á la reja de un edificio pintado de rojo; y apenas hubo vacilado un momento, se dirigió resuelto á la habitación. Al través de la puerta cerrada se oían gritos de niño y el rumor de una voz que cantaba, llamó, pero no obteniendo respuesta, se decidió á abrir y á entrar. Había dejado su bastón y el bulto de su ropa en lo alto de la escalera; y entró con el sombrero en la mano, como corresponde al que viene á suplicar.

Al ruido de la puerta que se abría, una joven alta y muy bella, vestida de luto, avanzó al encuentro del recién venido.

—Puedo descansar aquí un momento? preguntó. Habiendo contestado que sí, la joven, él se sentó en un taburete cerca de la puerta y paseó por la habitación una mirada ávida. La dueña de la casa tomó al niño, lo abrazó tiernamente como para defenderlo, y el pequeño, silencioso, fijaba sus ojos limpios y sin expresión en el vagabundo.

—No tiene usted nada para darme de comer? preguntó éste al fin. Estoy en ayunas desde ayer.

La joven suspiró.

—¡Hay tantos que están en el mismo caso! dijo para sí.

Sin embargo, se levantó. colocó al niño en la cuna, avanzó al hogar en el que estaba una marmita con algunas papas humeantes y poniéndolas en una escudilla, se las llevó al viajero. En seguida fué al armario y sacó un pedazo de pan y un jarro que llenó de leche.

El hombre se puso á comer con avidez sin mirar siquiera á su benefactora, y habiéndose dormido el niño en su cuna, reinaba el silencio en la estancia.

—¿De donde viene usted? preguntó ella.

—De Calmar; contestó lacónicamente el interpelado.

—¿Allí nació usted?

—No.

—¿Y no pudo usted encontrar trabajo en la ciudad?

—Es muy difícil hallar trabajo en los tiempos que corren.

Cuando acabó de comer, permaneció todavía un buen tiempo silencioso.

—¿Y usted no tiene ninguna obra para recomendarme? preguntó luego con una entonación monótona, como la de una interrogación que se tiene la costumbre de hacer y de la cual se sabe de antemano la respuesta.

—Ninguna enteramente, dijo ella como apesar suyo. El se levantó sin insistir.

—Gracias, dijo; y tomando su sombrero y recobrando luego su bastón y su ropa, descendió la escalera



atravesó el patio y llegó á la reja. Después con su mismo andar fatigoso tomó el camino que conduce del Oeste al Este atravesando la isla. Pasó delante de varias casas con la mirada melancólica y triste, fija delante de él sin cuidarse de pedir trabajo en los laborios del tránsito. De repente se encontró frente á un camino de travesía. El mar Báltico se extendía en el horizonte como una ancha cinta azul, y á derecha é izquierda se distinguía el camino que sigue á lo largo de las costas de la isla. De pronto se detuvo: el llano estaba sembrado de cabañas y de cortijos aislados, y aquí y allá sobre las alturas algunos molinos de viento perfilaban sus alados esqueletos. Como empujado por un espíritu de contradicción, se decidió por la derecha, es decir, por la parte menos poblada de la isla, aquella en donde había menos probabilidades de encontrar trabajo. Caminó sin detenerse y llegó por fin á una iglesia. El muro del cementerio que la rodeaba estaba todo en ruinas, y contra ese muro se apoyó teniendo á sus piés la vista de la aldea. Una calle de casas irregularmente alineadas con techos de paja ó de teja y con aspecto de deshabitadas, se extendía delante de sus ojos.

¿A cual de esas casas iría á llamar?
De pronto le vino una idea, ir á ver al presbítero. Entonces se enderezó y dirigió sus pasos á un gran edificio rodeado de un jardín que resguardaba una empalizada de poca altura, pintada de verde, y cuya puertecilla estaba entreabierta.

Cruzando la senda enanada que conducía á la habitación, vió á dos niños que jugaban y que le contemplaron con la curiosidad ávida é inocente de su edad. Los saludó políticamente y se dirigió al pórtico de la casa.

La cocina está por aquí abajo gritó el mayor de los niños, indicando con el dedo otra puerta hácia el lado izquierdo.

anteojos con montadura de oro, indicaban la vocación de los estudios.

El pobre hombre que se había detenido á la puerta paseaba en torno suyo miradas tímidas, viéndose en esta pieza de cortinajes blancos, con su gran aparador lleno de libros y con su alfombra blanda y delicada.

—¿Usted era el que quería verme? dijo el pastor, ¿cómo se llama usted?

Hacia tanto tiempo que nadie le había preguntado su nombre, que esta prueba de interés le hizo casi venir las lágrimas á los ojos!

—Erik Boman dijo respetuosamente.

—Pues bien Erik Boman dijo el pastor con el tono con que interrogaba á sus feligreses ¿qué tiene usted que decirme?

—Quisiera encontrar trabajo respondió el desgraciado. Estoy sin ocupación y sin medios de subsistencia.

El pastor le observó con aire de sospechas y le preguntó.

—No ha podido usted obtener trabajo en el lugar de donde viene?

Boman bajó los ojos comprendiendo que el hecho de no haber encontrado trabajo en su pueblo le hacia sospechoso y respondió turbado:

—No había en que ocuparme.

—¿No había en qué? dijo severamente el pastor.

—No; contestó el otro escondiendo los ojos.

—Pero alguna vez debe usted haber estado ocupado en algo.

—No.

—¿Y cómo lo hacia usted para vivir?

—Yo no sé. Comunmente he sufrido hambres.

—Siguiéron algunos minutos de silencio.

—¿De dónde es usted?

—Boman dió el nombre de su comuna, y luego agregó:

—Mi padre era jornalero pero murió y mi madre es tan pobre que no puede subsistir más que por la cari-

—Gracias, dijo el vagabundo y se encaminó en la dirección indicada.

Una joven de cara redonda y vulgar pero que estaba muy bien vestida, se ocupaba en amasar pan en la cocina. Era la esposa del pastor. Al ver entrar al hombre cesó de trabajar y llamó:

—Lina!

El se detuvo ante la puerta abierta con el sombrero en la mano, é hizo un saludo torpe y embarazado, pues comprendió que la dama le había tenido miedo y esto le llenó el corazón de amargura. Por un momento tuvo la idea de decir que no había venido á hacer ningún mal; sin embargo se contuvo, dijo que tenía hambre y que agradecería mucho que le dieran algo de comer.

—Lina! repitió la dueña de la casa con una voz más fuerte, y entonces una criada campesina, obedeciendo á este llamamiento, apareció al fin y las dos mujeres contemplaron un momento al viajero sin decirle una palabra.

—Dale de comer á ese hombre, dijo la señora que había tenido ya tiempo de reponerse. Lina colocó delante del desconocido unos trozos de pescado que habían sobrado de la comida, y su ama le dió dos panes que estaban acabados de sacar del horno, por que era buena y compasiva aunque el pensamiento de encontrarse solo con uno de esos hombres que no tienen domicilio fijo, le llenaba el alma de pavor. El mendigo comió copiosamente, y poco á poco la impresión de amargura dolorosa que había de pronto resentido, se le fué borrando. Luego preguntó si podría hablarle al pastor.

Lina fué enviada á transmitir ese deseo, y regresó diciendo al joven que podía seguirla. Le hizo atravesar el patio y lo introdujo al gabinete de trabajo del sacerdote.

Era este un hombre de anchas espaldas y de cabellos canos, que respiraba la fuerza y la salud. Su fisonomía y su apariencia exterior eran las de un campesino acomodado. Solamente la barba rasurada y los

dad de los vecinos. En estío iba yo á ganar mi jornal donde lo había, si lo había y en invierno vivía como era posible.

Su mirada se ensombreció y su respiración se hizo más difícil. El recuerdo de lo que había sufrido con su madre le afectaba penosamente.

El pastor hizo una señal de conmiseración, recordando que en el año en que estaban el invierno había sido singularmente riguroso, al Este de la isla.

—Durante días enteros estuvimos sin fuego y he creído que nos íbamos á morir de hambre mi madre y yo. Llegué á verme tan extenuado que no podía ni tenerme en pie. Sin embargo, se vino en socorro nuestro y el invierno pasó. Pero no quisiera sufrir otro Oh! no. Dios me libre!

El pastor reflexionaba y habría querido venir en ayuda de ese infeliz ¿pero cómo? En otro tiempo había recomendado á un vagamundo así y había tenido que arrepentirse. Este recuerdo despertó la prudencia y acalló á la caridad. No podía hacer nada por este hombre y le explicó cómo no conociéndole el mismo no podía recomendarlo á otra persona y que el no lo empleaba porque no tenía en qué. Después sacó de su portamonedas una corona y se la dió.

Boman comprendió que todo había terminado: tomó maquinalmente la moneda de plata saludó profundamente y abrió la puerta continuando la marcha con su mismo paso lento y pesado. Pasó la noche bajo un soporal en el campo á corta distancia de la aldea y siguió de casa en casa durante largo tiempo. Así recorrió toda la costa oriental de la isla al través de las inmensas selvas y de los ingratos arenales hasta que al fin un día se encontró en la playa frente al faro cuya silueta se dibujaba en un cielo sin nubes. Por la tarde llegó á la lengua de tierra donde el mismo había desembarcado al venir á buscar fortuna.

Boman se detuvo allí contrariado é indeciso, dejando errar su mirada sobre el brazo de mar que le separaba del faro. Creyéndolo construido sobre tierra firme, había contado con abrigarse en él durante la noche, para continuar al día siguiente su peregrinación. Con mirada triste y envidiosa contemplaba esos edificios en que habitaban los hombres y luego se puso á pensar en el hombre que habitaba en lo alto de la torre, en el encargado de vigilar esa luz radiante que ilumina las regiones peli-

grasas de la mar. Ahora estaría el pobre sentado al lado de su lámpara que no debía abandonar, pero apenas pasadas algunas horas lo relevaban de su función y se iría á comer y á acostarse en un buen lecho sin temor al día siguiente. Todos tenían su sitio en el mundo y él solo sin tener ni esperanzas, debía errar ageno á todo descanso como un perro sin dueño. Tales eran las reflexiones del infeliz Boman frente á esas aguas inquietas y sombrías que no podía vadear. Viendo á lo lejos las cabañas, un sentimiento de odio se apoderó de su corazón y tomando entonces una piedra la arrojó con todas sus fuerzas contra la cabaña mas próxima con el maligno deseo de interrumpir el reposo de los que la habitaban, pero lejos de conseguir su objeto la piedra cayó en el agua á poca distancia en tanto que Boman lleno de rabia amenazaba con el puño cerrado las luces-llas rojas que no podía extinguir. Una por una fueron después por sí mismas desapareciendo, la noche negra lo envolvió todo, y solo la llama del faro continuó ardiendo por encima de las ondas agitadas. Lanzó un suspiro, y un tanto aliviado porque ya no veía aquellas luces que le hacían pensar en hombres felices y en hogares tranquilos, se encaminó con paso rápido á la selva, allí encontró la masa negra de un cobertizo que le pareció ser depósito de mercancías, y habiendo visto que la puerta estaba abierta, se acostó en un rincón y se durmió á pesar del hambre. Tuvo espantosas pesadillas de las que lo arrancó al día siguiente á puntapiés el guardián de aquel almacén.

El sol levante alumbraba vivamente el suelo húmedo, las aguas roborerantes y el polvo blanco del camino. Una brisa ligera le azotaba la cara, y oía, por encima de su cabeza la alegre canción de una alondra invisible.

Los largos días que había pasado buscando trabajo sin encontrarlo, habían envejecido aún más al pobre Boman. Arrastraba los pies como un apaleado, y la expresión de su fisonomía tenía algo de extraviado, de espanto, como si se le hubieran ido la energía, la fuerza y aún la voluntad de vivir. Las injurias, los insultos, ni provocaban su cólera y sintió con indiferencia haber sido despedido como un perro á puntapiés. El corazón adolorido por los sufrimientos, y el estómago vacío, arrastraba un pie detrás del otro en el aislamiento más completo relegado en la tristeza amarga que lo poseía todo entero. Ya no había para él puertas abiertas, se le rechazaba de todas partes como una bestia inmundada y peligrosa.

Muchas veces creyó adivinar que aquellos á quienes había pedido qué comer, le habían dado porque les inspiraba miedo y se decía irónicamente que debía ser un hombre bien peligroso, cuando su aspecto producía tales resultados.

Marchaba de ordinario sin detenerse, sintiendo una



especie de angustia que lo hacía caminar, y sus pensamientos iban siempre con extraña tenacidad á la casita roja, la primera que había visitado en la isla y á la jóven y bellísima viuda que le había dado todo cuanto pan tenía y que le había hablado con palabras de misericordia, andando, andando había regresado al llano desierto que el sol brillante de medio día iluminaba vivamente y al mismo sitio en que desembarcó á su llegada.

La soledad le causaba un sentimiento de opresión casi intolerable. Nativo de una comarca montañosa, el llano le era poco familiar y desde que se encontraba en la isla esos inmensos espacios desnudos, esos horizontes lejanos, le parecían espantosos al extremo de que le parecía constantemente perseguido por un enemigo invisible.

Se levantó para ponerse en marcha y esta vez no pudo realizar sus deseos.

Le parecía que un poder irresistible le retenía en el lugar desde no distinguía más que la casita roja de la viuda perfilarse sobre el fondo azul del estrecho. Se acostó sobre el césped húmedo y le pareció de pronto que todos sus pensamientos, el recuerdo de todo lo que había sufrido, de todo lo que había vivido, se desvanecían entre espesas tinieblas y quedó allí tan vacío de ideas como si acabara de nacer.

Un solo sentimiento le restaba, el de que le repulsaba la humanidad entera, y apretaba convulsivamente la yerba entre sus dedos y la arrancaba á puñados bajo la tortura de su obsesión desesperada de soledad, de abandono, de hiel que le salía del corazón como las barbas de aire que suben á la superficie del agua hirviendo.

Luego sus ideas se concentraban sobre la viuda que acababa de desaparecer entrando en su casita roja y le parecía que esta madre infeliz y también abandonada, compartía con él su soledad inmensa y se admiraba de que estuviera tan cerca de él otra criatura humana que tenía también que luchar contra la miseria.

Es extraño decía, que esta mujer debilitada por el dolor, abrumada con el peso de su hijo, quiera vivir así largo tiempo ¿Qué puede hacer ella, débil como es, para procurarse la subsistencia, cuando hay tantos que se la disputaran en sangriento combate?

Mientras así monologaba, el calor del día iba cediendo á la frescura del crepúsculo, las sombras caían lentamente y al fin la noche silenciosa y profunda, reinó sobre la tierra. El se levantó maquinalmente, y le vino el pensamiento de que todo había terminado y para nada serviría luchar por más tiempo: no tenía más que llenar sus bolsas de piedras y arrojarlas en el agua fría donde la muerte no tardaría en adormecerlo sin que pudiera venir ya otro día de hambre y de miseria. Llorando como un niño se dirigió hacia el mar y vió mientras iba caminando que una luz roja

evidentemente producida por el fuego del hogar, salía por la ventana de la casita roja.

El infortunado se detuvo de pronto, y su mirada brillaba en la obscuridad con reflejos de ojos de tigre. Dejó de llorar y cambiando de dirección se encaminó á donde se veía la luz, sacudido por estremecimientos, como si tuviera fiebre: su mano estrechaba convulsivamente el bastón y su respiración era entrecortada y jadeante. Cuando estuvo á pocos pasos de la rejasa detuvo para escuchar y para ver. Penetró como la primera vez, llegó junto á la puerta y oyó una voz de mujer que parecía decir apasionadas ternuras. Abrió de un golpe la puerta y entró bruscamente como empujado por un resorte. La viuda estaba allí hermosísima, junto á la cuna del niño tormido acariciándolo con delicia; volvió el rostro hacia la puerta que se abría, y sus ojos asombrados expresaron una interrogación. Sin dejarle tiempo de pronunciar una palabra, el miserable levantó su bastón y lo descargó con todas sus fuerzas y á golpes redoblados sobre el cráneo de la infeliz.

Es preciso que mueras, decía, es necesario que dejes conmigo este mundo de miserias. Y hería, hería hasta que el bellissimo cuerpo cayó, inerte á sus piés sobre el suelo ensangrentado y al lado de la cuna donde el niño dormía sonriendo entre sueños.

Cuando él se apercibió de que su víctima estaba bien muerta, arrojó un grito que retumbó en el silencio de la noche, un verdadero rugido de fiera. Luego sus brazos cayeron inertes y permaneció un momento así contemplándola. Le era imposible explicarse lo que le había impulsado á cometer ese crimen, esa acción atroz nacida del desorden mental que le produjo la acumulación de sus sufrimientos, que no tenía nada de premeditada sino que vino como una explosión.

Un llanto de criatura le sacó de su estupor. El asesino retrocedió espantosamente impresionado; la presencia del niño le llenó de terror más que la idea del crimen mismo y salió enloquecido de la estancia. Luego se dejó caer sobre el dintel de la puerta abierta, con el cuerpo sacudido por sollozos convulsivos.

Permaneció así algunos minutos y luego intentó partir, pero tuvo miedo, un miedo horrible de que se descubriera el asesinato. Entró de nuevo en

el lugar del crimen; el niño lloraba aún; algunos tizones ardían en el hogar; el asesino no osaba fijar los ojos en el cadáver de su víctima y temblando y arrastrándose como una culebra, llegó á donde estaban los tizones, encendió con ellos cuanta ropa hubo á la mano y pocos momentos después la cuna y el niño y toda la casa eran presa de las llamas...

Un grito espantoso se escapó de la garganta del incendiario; un grito tan tremendo que Boman se espantó de su propia voz y se precipitó fuera de la cabaña y echó á correr en dirección al mar.

El incendio estaba en su plenitud, arrojando una inmensa lengua carmín en las tinieblas de la noche y las chispas rasgaban la sombra y se apagaban luego en el vacío.

Boman seguía corriendo y de vez en cuando se detenía un instante para ver el fuego. Así llegó á la orilla del mar y penetró en las aguas despavorido.

Todavía corrió largo tiempo porque la playa descendía por allí en una pendiente muy suave.

Agotado cuanto de combustible tenía la casita roja, el incendio llegó á su fin.

Al mismo tiempo que brilló la última chispa en el espacio, la cabeza de Boman desaparecía bajo las olas.

Después, todo negro en la tierra y en el mar.

G. DE GEIJERSTAM.

FRAGMENTO.

Yo no sabré decirte que es lo que siento al contemplar tu cara, tus lindos ojos, pero, si sé decirte que experimento que se borran mis penas y mis enojos.

Yo que siempre estoy triste, siempre abatido, admirando tus ojos que hablan al alma gozo de las delicias del bien perdido, y como consecuencia, de paz y calma;

De esa paz y esa calma, santa armonía, de esa paz y esa calma, bella aureola, que á nuestras almas sirven de zorra y guía y que funden dos almas en una sola.

Paz y calma que nacen, que no se inventan, paz y calma admirables que nos inspiran, paz y calma sublime que nos alientan, paz y calma inefables que amor respiran.

Yo no sabré decirte, cara de cielo, qué es lo que por mí pasa cuando te miro..... pero recibe mi alma grato consuelo y al ver en ti la gloria, por tí suspiro.

LUCAS TARAZONA.



LA FUGA.

No quería escribirte, mi querido Gastón, porque la frase que te dejé al partir, era en su laconismo brutal lo único que le podía decir. Cuando un cirujano amputa un miembro, corta con decisión y rapidéz silenciosamente, y no se entretiene en hacer comentarios con el bisturí en la mano, ni en dar lecciones de anatomía. Por eso escribí: "Obligada por fuerza mayor, parto. No volverás á verme."

Ahora que se hizo la operación y que ha cicatrizado, rompo la resolución que tomé de guardar un silencio absoluto.

¡Y era vigorosa esa resolución, pues con ella combiné los menores detalles de mi partida para que nada pudiera venir á entorpecerla á última hora y me dió fuerzas para huir bruscamente realizando esta ruptura definitiva! Pero toda energía me abandonó así que me vi sola en el vagón. Todavía en la estación, sofocándome y bajo la emoción del momento, estaba decidida; los nervios excitados aguijonaban el pensamiento y temía yo una casualidad que poniéndonos frente á frente hiciera terminar el drama en comedia. Pero cuando la locomotora silbó con un silbido lúgubre, cuando la pesada masa del tren se estremeció, toda mi energía cayó de golpe como si el sacudimiento del vagón hubiera roto el débil equilibrio de mi castillo de barajas. El tren no debía detenerse durante el trayecto: lo elegí expreso para precaver debilidades y arrepentimientos. El paisaje, como los muertos de la balada de Murger pasaba rápido desarrollándose sin interrupción y veía yo esta ruta recorrida contigo en sentido inverso y encontraba los principales puntos que me señalabas hace un mes sin poder ahora interrumpir esta fuga porque la máquina corría, corría llevándome, indiferente y brutal.

Pensé tirar de la campanilla de alarma cuya cuerda me incitaba columpiando su borla delante de mí, pero pensé á tiempo que no iba á hallar que decir á los empleados y que con razón se burlarían de mí si les decía la verdad.

Mi pensamiento volaba, pero el tren también, y pronto llegamos á París. Sin tratar de ocultarme porque eso no nos es fácil á las gentes de teatro, volví á mi antigua casa y vine otra vez á la compañía de mi Director, que está contentísimo de haberme recobra-



do. Les referí una historia cualquiera que aparentaron creer, y... ya ves que todo está terminado entre tú y yo.

Yo corto pronto y bien, por eso espero que la amistad sucederá á nuestra ruptura. Me sería grato conservar un buen amigo á quien pudiera pedir consejo, relatar mis tristezas y escribirle cartas, ¡me gusta tanto escribir cartas!

¿Por qué habrías de estar enojado? Tu amor propio no puede lastimarse. Les dirás á tus amigos la verdad: que soy una artista contratada y que no podía faltar á mi compromiso. Tu corazón no ha sufrido; no habías tenido tiempo de enamorarte de veras de mí, y yo de mi parte nada hice para conseguirlo. Soy un lujo siempre conservarás el amable recuerdo de que no te di más disgusto que el de mi partida. Tendrás la impresión de quien toma un bello ramo de flores. lo aspira con delicia y luego lo deja en cualquier parte antes de que aroma y colores se hayan ido y antes de que las flores se hayan deshojado.

Te amé verdaderamente, poeticé cuanto pude los días en que estuvimos juntos, y antes de que viniera la prosa, escapé con el corazón adolorido y casi sin fuerzas, para llevar á cabo mi resolución.

Me debes estar agradecido. Y ahora que ya somos amigos, voy á darte una explicación de mi escapatoria para que no me consideres una cabecita loca que no sabe donde va ni lo que quiere. En primer lugar, tenía yo la nostalgia de París y la de las tablas. Esto no es una salida; si quisiera mentirte, escogería un pretexto menos simple, un sentimiento más elevado.

Todas las parisienses verdaderas, las que como yo han vivido recorriendo los bulevares, y todas las que como yo han tenido un éxito más ó menos ruidoso en el teatro, no pueden ni olvidar los unos ni abandonar el otro. Este es un sentimentalismo grotesco, incomprendible si quieres, una afición de gato, pero aun cuando tenga sus puntas de locura, es una cosa que existe, una fuerza inalienable, un poder que no se puede resistir.

Nace uno en cualquiera ciudad, pasa allí los primeros años de su vida, parte y luego la olvida. París no sale nunca de la memoria ni se separa del corazón. Cuando se le abandona, es cuando se conoce la verdadera nostalgia, el mal del país el que no tiene más recurso que la repatriación ó la muerte.

Oh! la impresión que se siente cuando vuelve uno á ver esos montones de casas altas y negras, con sus innumerables ventanas abrumadas y abrumadoras que rodean la estación y que son París. Oh! la voz del empleado que desde el andén lanza claro y vibrante el grito: Estación de París, como un llamamiento, como un grito de bienvenida! Y la calle, esta calle especial con sus carruajes, con sus transeuntes, todo el mundo empujándose para andar más aprisa, esto es el calor y la agitación de la vida.

Regresar, recobrar uno su lugar en el mundo, es una alegría intensa. Esos primeros minutos son divinos, de una dicha sin igual porque es inconsciente, indefinida, instintiva.

Yo además tenía mi teatro..... Cuando entré á la conserjería donde montones de cartas me aguardaban, cuando trepé por la escalerilla negra y llamé á la puerta del Director, no sé que sonaba más fuerte si mi mano al golpear la madera ó mi corazón saltándome en el pecho. Solté mi historia; el director hizo como que me creía y terminó diciéndome que volviera yo al servicio desde esa misma noche lo cual se le avisaría en el acto á la que había estado remplazándome; no más que el muy pillo me hizo saber que mis sueldos no empezarian á correr sino desde la siguiente quincena.

En mi casa todo estaba en perfecto arreglo. La caja de polvos de arroz entreabierta y lista para servir, las pastillas de pintura esperándome, mis trajes del programa de ese día en el perchero, todo demostraba que había la seguridad de que regresaría yo. Respiré por fin esta atmósfera de gas y de polvo que prefiero á los aires puros de la selva ó del mar y en la noche ya estaba representando mi papel. Cuando salí á la escena, aun que mi nombre no estaba en el programa, me reconocieron desde luego y me saludaron con una ruidosa salva de aplausos.

No te rías; ya se que no sé necesita ser Sarah ni Rujana para desempeñar mi papel, y que basta con una mediana hermosura, pero representé lo mejor que pude y salí del paso.

Francamente, allá en Lyon no tenía yo estas emociones y me fastidiaba de un modo mortal, como no se fastidia uno nunca en París.

Y me vino la idea de partir y pasando por encima de mi amor por más que me dolía el corazón te dejé y punto final. Ahora ¿quieres que te diga una cosa muy buena que me ha venido á la imaginación á fuerza de pensar en que te quiero mucho? Pues oye-me: ustedes los hombres honrados y laboriosos que ganan su vida por medio de un trabajo inteligente, lo que necesitan es una mujer honesta y pura que les forme un hogar digno y decente. Una mujer sencilla y sana que sepa estar en su casita, que se regocije en esa atmósfera tranquila y dulce del interior, que se

ponga á coser alegre y dichosa mientras el marido vuelve de sus ocupaciones, en vez de estar como nosotras desocupadas y descontentadizas leyendo novelas sensacionales, buscando siempre pimienta en la comida, en las distracciones y en el amor.

Escribeme. Te supe comprender y apreciar y soy tu amiga

VALENTINA.

EL CISNE

Por las verdosas aguas del estanque, tranquilo, noble, grave, reposado, cual blanca embarcación, el viejo cisne va su regio fastidio paseando, sin ver que de la orilla le llaman los muchachos, que tal vez le confunden con la villana turba de los patos, la cual nunca se niega de la gente infantil á los halagos.

De sus recuerdos vive sólo en la alberca el cisne centenario, no del pan que le arroja de limosna, sin conocer quién es, el viugo gárrulo: Vive de sus memorias, que le impulsan á erguirse con orgullo aristocrático y á seguir lentamente su majestad callada paseando.

Recuerda un feliz siglo, creación soberbia de los vates clásicos,



en que, fingido cisne, el padre Zeus, de la graciosa Leda enamorado mezclaba con pasión devoradora, lo divino y lo humano, sometiendo hombres, dioses, bestias, plantas, de Amor fecundo al poderío mágico.

Recuerda que, después de muchos siglos cierto día avanzaba remolcando, veloz como las flechas, en un ligero esquife por el lago, á Lohengrin, el bravo caballero del castillo feudal de Monsalvato, con su armadura de brillante plata que relucía al sol..... noble y gallardo, más que en la luz mortal, de la fe pura en el divino resplandor bañado.

Por las verdosas aguas del estanque sigue sin rumbo el cisne solitario, que echa de menos sus brillantes días, y al verse confundido con los patos en este pavoroso desconcierto que todo lo domina, resignado, tiende el cuello flexible y ondulante, pronto á exhalar su maribundo canto.

F. NAVARRO Y LEDESMA,

Cuánto dolor sufrí por las mujeres! Mas hoy pienso mirando sus primores, Que sería el placer de los placeres Sentir una vez más esos dolores!

A la luna la dicha se asemeja. Pues sin que nunca nuestro afán mitigue, Si avanzamos, parece que se aleja. Y si retrocedemos, nos persigue.

LOS MAS FUERTES

POR GEORGES CLEMENCEAU—ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Número 10

—Entonces, contestó Puymaufay como si no hubiera oído, *esa cosa* se hiergue, se siente mujer bajo el aguijón de la ofensa recibida, y...

—Verdaderamente, dijo la vizcondesa agobiada por los sermones del marqués, no presenta utilidad eso de discutir cómo debería ser el mundo. Gocemos tranquilamente de lo que nos ha sido dado, sin embarzarnos con recriminaciones que son impías por que todo está bien como está, puesto que todo es obra de Dios.

—Morgan, observó Claudia, repite comunmente que sus manequés tienen la manía de las grandezas y no me sorprende que quieran cambiar de papel. Pero cualquiera que sea la excusa que se invoque, su degradación hace contraste con el mérito de la virtud tan fácil entre nosotras.

—Es verdad, hija mía, y yo no te ofrecería a Melania ni por modelo ni por compañía.

—No puede uno rendirse con mayor lealtad, dijo la vizcondesa; y para acabar de consolar a usted, marqués, me voy á hacer referir por el mismo Luques la verdadera historia de Melania. y ya verá usted que no dará motivos para llorar. Además aunque los diera, ni Claudia ni yo derramaríamos lágrimas, porque, tenga usted presente niña, que llorando se pone una muy fea.

XI

El «Comité de la Obra de la Vejez Desamparada» celebraba sesión esa tarde en la casa de la señora Fourchamps que era su presidenta. El abate Nathaniel cuya actividad no se agotaba con las veinte empresas de caridad que tenía entre manos, recogía en la puertas de las prisiones y en medio del arroyo á los miserables harapientos de los dos sexos, y los nutría con sopa y buenos consejos, después de lo cual morían edificados y edificantes y dejaban el lugar para otros infelices.

Para la «Vejez Desamparada», y para otras dos docenas de obras caritativas el abate todo el día pedía, cosechaba y gastaba á manos llenas.

Para tratar de la organización de un bazar de caridad se habían reunido esa tarde, primero el abad y la vizcondesa que discutieron largo tiempo, y luego todo el Comité del cual era Vice Presidenta la señora de Peyrouard y Secretaria Claudia. Harlé acompañó á su hija con Puymaufay á casa de la vizcondesa: Oppert y el abad también concurrían, el uno porque había puesto los salones de su palacio á disposición de la obra, y el otro para dar cuenta de comisiones que se le habían confiado cerca del comercio.

En un gabinete tapizado de gasa malva salpicada de racimos grises, El Comité ejercía su virtud entre olas de palabras y risas.

Sin dejarse influenciar por las expansiones de la caridad, los hombres conversaban en un salón vecino decorado con todos los Fourchamps de toga y espada, ausente toda la dinastía de los Billard.

La sociedad decía el abad está divinamente organizada.

Y sobre este tema se discutió largamente sazónándolo con la caridad tal como la entendían los presentes, que por supuesto era muy diferente de como la entendía Puymaufay.

Para terminar, Harlé en un arrebatado entusiasmo pronunció un discurso en loor de la autoridad social, declarando solemnemente que en el mundo *los más fuertes* son los mejores por que todo lo que aumenta su fuerza hace crecer el bienestar de la humanidad, porque *los más fuertes* como los conquistadores engrandecen y civilizan.

—Ustedes demuestran siempre cierto ardor de conquistadores, dijo Enrique.

—Tanto mejor para todos.

—Esa es la opinión de ustedes.

—Y es justa. Tu no me has preguntado nunca cuál podría ser ese gran proyecto de que me has oído hablar, y que ahora nos pertenece en común al abad, al barón y á mí. Te lo voy á decir: ya no es un secreto, puesto que dentro de un mes estaremos delante del público.

—No dudo que estará muy bien concebido y muy metódicamente ordenado.

—Es de una extrema sencillez. Me hago periodista.



—¡Qué!

—Te admiras? Sigue bien mi razonamiento. Noruega y Austria tienen pinos para materia prima y caídas de agua para fuerza motriz, y me envían pasta de madera en esas hojas de cartón grosero que has visto en Santa Radegunda, Austria más industrial, hace sufrir á sus pastas una operación química que las hace más directamente utilizables. Sin embargo, algo les falta, se detienen ambos países á medio camino, y yo voy á tomar la obra donde ellos la han dejado. Pero seguiré pasando las hojas virginales de mi papel á gentes que le venden á buen precio, después de haber escrito en ellas cuatro disparates? Mi papel es la materia prima de esos hombres como para mí lo es la pasta de Austria ó Noruega. Por qué no he de acabar yo mismo la operación industrial? Por qué he de dejar á otros el cuidado de ennegrecer mis hojas cuando puedo hacerlo yo mismo aprovechando todo el beneficio de la fabricación? Solo hay que ver que esta industria de las publicaciones esté anárquica todavía. Es necesario que alguno venga y agrupe sus esfuerzos y ordene la labor para llegar al resultado máximo. He examinado esta empresa curiosa de la fijación de los pensamientos y me ha parecido muy importante, porque pone en acción á la humanidad!

¿Tú nunca has reflexionado sobre la cuestión del débito comercial del pensamiento?

—No comprendo lo que con eso quieres decir.

—No me sorprende. Oyeme todavía. No basta con escribir, es necesario ser leído, y para esto se necesita no imponer opiniones sino adaptarse á las del medio social en que se vive. Nada de imponerse sino aclimatarse, y el negocio está hecho.

—Decididamente veo que tienes razón al hablarme de la industria de escribir, pero no veo donde está la ventaja para todos de que me has hablado.

—A eso voy. Vender mi papel escrito, encontrar el éxito máximo para esta mercancía fabricada como todas las demás para el comprador, está bien. Pero el papel por la significación de la escritura, por los hechos que revela y que interpreta, por los comentarios del día apropiados al medio del sentimiento público, mueve las multitudes; impresionables, de suyo, determina la opinión amoldándose á las antiguas costumbres para sacar partido del momento presente.

—En otros términos, las ideas admitidas fundamentales de lo que vemos, te parecen de una explotación más fácil y más fructuosa que la propagación de ideas nuevas para actos mejores.

—Lo que más me convence del proyecto de Harlé dijo el barón, es que se adapta á los principios

establecidos y aceptados para el gobierno de los hombres. Operar directamente sobre el monstruo de mil cabezas por medio de sugestivos y de sentimientos adaptables para las multitudes, esa es la gran empresa. Iremos hacia las masas populares, descenderemos hasta ellas y sabremos aprovechar en nuestro favor sus errores capitales.

—Acabo de recibir, contestó Puymaufay una bella lección de sociología y no discuto sino que admiro. Nada más lamento que, según propia confesión, están ustedes en el caso de no poder apelar á otros sentimientos que á los inferiores de la naturaleza humana.

—Señores, dijo entrando la vizcondesa, seguida del Comité de «La Vejez Desamparada.» Pronto estaremos en condiciones de abrir nuestra venta en los salones del Señor Barón Oppert, y á fin de realizar con un atractivo nuevo la noble empresa de beneficencia, hemos decidido colocar en un círculo cuidadosamente escogido, billetes para una exhibición de cuadros animados que se presentarán en el Hotel del Señor Harlé que para ello generosamente los ha cedido. Pienso, Señor abad que los cuadros animados le parecerán á usted aceptables, porque conoce usted de antemano las fuentes en que se van á inspirar.

—Seguramente, señora. Pueden tomarse cuadros de la Biblia ó del Evangelio y escenas de la vida de los santos.

—Había donde escoger, dijo Puymaufay.

—Así lo habíamos pensado, agregó la señora de Fourchamps contestando al abad. Pero ya se ha espigado mucho en ese campo, y nosotras vamos en busca de novedades. Quisiera pues, que se nos permitiera unir lo profano á lo sagrado.

—Por qué no? dijo el abad, con tal de que se evite lo que pudiera chocar.

—Esa es la cuestión. El señor Deschars, para utilizar sus telas de la India, propone que sean representadas no sé qué escenas de la vida de Budha. No fué éste un falso Dios?

—Es adorado como de divina esencia por muchos paganos, especialmente los chinos, y eso presenta sus peligros.

—Lo que necesitamos, señor abad, es dinero y no debo ocultar á usted que los cuadros del señor Deschars, serían el atractivo de la fiesta.

—Usted me hace reflexionar, señora, porque en realidad Budha fué un hombre muy modesto y muy bueno que habiendo venido á la tierra muchos años antes que nuestro Señor, trajo algunas luces de nuestras futuras verdades.

—Fué pues, un precursor?

—Yo no digo eso. Estuvo, como correspondía

á su época, hundido en un abismo de errores. Siendo nada menos que hijo de un rey predicó la austeridad, la pobreza, la restricción de los instintos, la renuncia de los placeres mundanos, y añadió el ejemplo á la predicación.

—Pero eso es muy bello!

—¿Y no existen hasta hoy en las sociedades civilizadas, como máximas y ritos comunes, ritos y máximas de la India? preguntó el marqués.

—Eso es lo que digo, señor marqués, aquellas gentes tuvieron sus luces.

—En ese caso, dijo la vizcondesa, la religión no puede ofenderse de que se representen pasajes de una historia en que no está mezclada.

—Seguramente que no.

—Me ha quitado usted un peso del corazón, señor abate. Ahora si puedo responder del éxito de la exhibición.

—Y bien, Claudia, preguntó Puymafray, tú no dices nada? De seguro estabas pensando en ese hijo rey que aconsejaba renunciar á los placeres del mundo.

—Exactamente, padrino, y me preguntaba yo, como podríamos hacer con tantas virtudes un cuadro que resultara interesante.

—Tú no te imaginas como podría ser una escena de austeridad?

—No, sino que para eso no había necesidad de telas recamadas de oro.

—No está prohibido indicó el abad, conciliar la belleza moral con el arte; para la edificación de los unos y el alivio de la miseria de los otros.

—Y es al mismo tiempo necesario, agregó la vizcondesa, para que los pobres ricos puedan procurar su salvación al hacerla de los dichosos pobres.

—Procuraremos juntos nuestra salvación, dijo Puymafray. Nos quedará siempre la ventaja de haber gozado los bienes de este mundo.

—Que no son de desdenar, contestó Claudia. Si el señor Deschars quiere que hagamos un cuadro de su Budha, será necesario proponernos una sublimidad que pueda acomodarse con nuestras debilidades.

—Esté usted enteramente segura, amigita mía, dijo la señora Fourchamps, de que el señor Deschars no va á pretender que usted se vista de mendiga. Si quiere usted, suplicaremos al señor de Montperrier que se entienda con el señor abad para lo relativo á los asuntos que se relacionen con la religión. El señor de Montperrier que tiene todos los talentos, se excede á sí mismo en los arreglos para el teatro. Se eleva hasta lo milagroso en las comedias de salón, y si la señora de Peyrouard se lo suplica, no se negará á ayudarnos.

—Si yo se lo suplico, respondió la señora de Peyrouard, mi hermano encontrará ciertamente algún pretexto para esquivarse; pero bastará una palabra de usted, querida amiga, ó de la señorita Harlé para que acepte con reconocimiento la tarea que le sea confiada.

—Pues bien, le hablaré mañana, y si á pesar de lo que usted me asegure quedare yo dudosa del resultado de mi poder, cuento con Claudia para que me apoye. Rogaré también al señor Deschars que venga y que nos haga conocer sus ideas. Mientras duren los ensayos, yo instalaré en casa varias obreras del señor Morgan que confeccionarán bajo nuestra dirección algunas bagatelas, que venderemos á precio de oro como fabricadas por nuestras blancas manos. El señor abad nos perdonará esta inocente supercheria, y no rehusará absolvernó en gracia de la intención.

XII

Quando la señora de Peyrouard acompañada de Montperrier llegó al día siguiente á casa de la vizcondesa, Claudia ya estaba allí, ocupada en arreglar ramos de flores artificiales para la venta. El joven político se manifestó lleno de voluntad, pero alegó las graves ocupaciones que no le dejaban la libre disposición de su tiempo. Y no era esto todo. Se le reprochaba ser demasiado elegante; y los enemigos que le venían de sus grandes éxitos oratorios, y sus amigos celosos, le tachaban de frivolidad. Era su canción. Y aunque él no se preocupaba, aquellos de quienes era jefe y que se arrogaban el derecho de disponer de su vida, se quejaban de que no se cuidara de las críticas de los necios. Qué no dirían al saber que estaba arreglando cuadros animados? De todo se sacaba partido contra él: habían llegado hasta el extremo de reprocharle que frecuentara el mundo cuando se pensaba ya en proponerle como can-

didato á la Academia de la lengua. Qué cara pagaba su gloria y su brillante posición!

—Veo, querida mía, dijo la señora Fourchamps á Claudia, que es necesario que sea usted misma la que insista con el señor Montperrier, porque yo me declaro derrotada.

—No quisiera contraer responsabilidad tan grave, como la que me vendría, puesto que después de lo que acabamos de oír sería cruel comprometer al señor de Montperrier en tan peligrosa aventura.

—Bastaba con que me indicara usted sus deseos: es supérflua la ironía: estoy á las órdenes de ustedes:

—Y si hay arrepentimiento después?

—Si fueren gratos á usted mis servicios, quedo de antemano recompensado de mis penas.

Deschars, que al entrar oyó estas palabras, se sintió mal impresionado de su tono de suficiencia y de fatuidad banal.

—Al fin se presenta usted, dijo la señora Fourchamps: lo estábamos esperando con impaciencia. Ya descubrimos que Budha no fué un falso Dios como yo creía.

El abate Nathaniel que es muy liberal, nos ha autorizado para representar escenas de la vida de este profeta ó filósofo, con la condición por supuesto, de que nada en ellas pueda interpretarse como contrario á la religión.

—Me guardaría bien señora, de proponer algo inconveniente.

—El abate que todo lo sabe, dijo también que ese Budha es un hijo de rey que se hizo mendigo ó poco menos.

—En efecto, señora, así fué.

—Hemos admirado ese rasgo: pero ¿no teme usted que el recuerdo de ese ejemplo haga propaganda en las familias presidenciales?

—No señora, ni en esas, ni en ninguna.

—Así lo creo, y por consiguiente, queda sentado que nada exponemos. Ahora cuéntenos usted su historieta, pero sobre todo, no vista á Claudia de mendiga. Ella manifestó ayer á este respecto ciertas inquietudes, que me ví en la necesidad de calmar. No le parece á usted señorita, que con dos cuadros de la india es bastante? Es necesario que la piedad domine. Debemos esto á los sentimientos que han inspirado la obra.

—Pienso que dos cuadros de esos darán bastante ocupación, pues las escenas religiosas tendrán que ser más sencillas.

—Sin embargo, señorita, dijo Montperrier. ¿Si propusiera yo la visita de la reina de Saba á Salomón?

—Magnífica idea exclamó Claudia. También allí el Oriente puede desarrollarse en todo su esplendor.

—Decididamente, dijo la vizcondesa, no hay otro como usted señor Montperrier, para esta clase de cosas; usted nos hará, estoy segura, un arreglo maravilloso. Y bien; señor Deschars, esperamos al tal Budha.

—Correspondiendo á los deseos de ustedes, les propondré dos cuadros: La partida del príncipe cuando abandona la corte de su padre para ir á predicar la pobreza y la humildad, y luego la tentación bajo el árbol de la ciencia del bien y del mal.

—Explíquenos Ud. eso.

—No es necesario hacer erudición, pues no se trata más que de conformarse á la leyenda estrictamente. El príncipe Siddharta no había salido nunca del palacio del rey Kapilavastou su padre.

—Y son muy necesarios esos nombres?

—Casi no, porque los cuadros son mudos.

—Se necesitaría entonces poner una nota en el programa, y eso desanimaría á las gentes.

—Bastará con no poner nota alguna.

—Si no cuenta usted con otros nombres más discretos, eso será lo mejor. Díganos usted el fin de la aventura.

—Pues bien: dicen los libros que una vez al salir el príncipe del palacio en su carro de oro, vió sucesivamente á un anciano sin fuerzas, á un enfermo y á un muerto. . . .

—Dios mío! interrumpió Claudia, no será eso lo que nos querrá usted hacer representar.

—No señorita, y solo ruego se me deje concluir. Más lejos un religioso mendicante se presenta. . . .

—¿Como! dijo la señora de Fourchamps, ¿En ese tiempo ya había órdenes mendicantes?

—Si, señora.

—Ah! Entonces ya sé la historia. El príncipe quiso hacerse religioso. Ya le decía yo al abad que fué un precursor.

—Lo adivinó usted en efecto. Ante lo que había visto, concibió el pensamiento de enseñar á los hombres á vencer la decrepitud, la enfermedad, todas las miserias humanas. . . .

—Por la contemplación de las cosas eternas. Conozco el resto. Se abisma en la divinidad. Es admirable. Solamente que eso que nos trae usted de la India no tiene nada de nuevo. Es la historia de San Francisco de Asis.

—Si, hecha con dos mil años de anticipación.

—Y por qué no representar mejor á San Francisco?

—Sería bueno, dijo Claudia; pero no podrían figurar los trajes orientales.

—Eso es decisivo hija mía, vaya que sea con Budha, ya estoy viendo el cuadro. El príncipe en su carro y toda la corte en las murallas.

Las damas se lamentan y por medio de gestos apropiados manifiestan su pena. El anciano, el enfermo y el mendigo, hacen un efecto de contraste que resultará muy moral. Ese cuadro puede pasar; vamos al otro.

—El otro es más sencillo. La tentación bajo el árbol de la ciencia.

—Está Ud. seguro de que no es eso una parodia de nuestros libros sagrados?

—Absolutamente seguro, señora.

—Y no hay serpiente?

—No. A Budha, vinieron á inspirarle tentaciones las hijas del demonio Papiyan.

—Y qué hacen esas señoritas?

—Se expresan por medio de actitudes.

—Confío en que el príncipe se resiste.

—Sin eso señora, no les hablaría á ustedes de él.

—Este segundo cuadro también es aceptable y de una moralidad ejemplar, por lo cual doy á usted mis felicitaciones porque tiene las ventajas reunidas. No será mejor que el de la reina de Saba porque al señor Montperrier no puede ni aun igualarse, pero estará bastante bien. Ahora señores es necesario que vuelvan ustedes á más tardar, dentro de tres días con sus diseños que nosotros modificaremos según nuestras conveniencias. Después de eso haremos la elección de los trajes, mientras ustedes se ocupan de las decoraciones.

—Para el efecto, señora, dijo Montperrier veré á Wilfrido Leigh. Se reprocha su pintura religiosa por ser demasiado moderna y ese es precisamente nuestro negocio. Necesitamos una reina de Saba que sea de estos tiempos.

—Y yo, dijo Deschars, pasaré al Museo Guimet para consultar los modelos.

—Nada de exactitud. Se lo suplico á usted. Queremos fantasía. Es necesario, señor sábio, una India perfectamente acomodada al París contemporáneo.

Deschars estaba admirado de la habilidad con que la señora Fourchamps lo apocaba sin dejar de testificarle una perfecta benevolencia. Sentía los efectos de este arte parisiense y se encontraba impotente contra tan amable perfidia. Triste y agobiado de despecho se dejaba agujonear por su bella enemiga, mientras que Montperrier, daba ideas á Claudia para la venta, le aconsejaba sobre telas y flores; discutía proyectos para la reina de Saba y sujería el pensamiento de representar el suntuoso cuadro de las bodas de Canaan, según el Veronés.

—Soy un tonto, pensaba Mauricio.

Y era que estaba sencillamente enamorado, sinceramente comprometido en un juego en que solo él empleaba armas de lealtad. El apresuramiento de Montperrier le disgustaba tanto más cuanto que á Claudia parecía agradaarle, y la vizcondesa llegó al colmo de la crueldad, diciendo como con inocente candidez:

—Claudia, querida mía, nos está usted monopolizando al señor de Montperrier, cuando nosotros también sacaríamos provecho de oírle, sobre todo el señor de Deschars; en cuyos ojos estoy leyendo la intención de pedirle consejo.

—Montperrier, se excusó con una gracia imperitente, en tanto que Deschars, de improviso percibía la revelación de lo que en realidad estaba sucediendo. Y era que Montperrier aspiraba á la mano de Claudia, y la vizcondesa dirigía el complot.

El desgraciado tembló! Ante sus ojos bajo la insultante ironía de las sonrisas pasó la visión de una catástrofe total: la victoria del mundo sobre un amor que no tenía en favor suyo más aliciente que el de ser verdadero. Consideró á Claudia, que estaba vacilante sobre el camino que debía tomar y le espantó la terrible potencia de todo lo que le era enemigo. Pero amaba y de consiguien-



te quería creer y ahogando su dolor entró de lleno en la batalla.

—La señora vizcondesa me hace justicia. Tengo en efecto, señor, necesidad del precioso consejo de usted para poner la India á la moda de París.

—No es muy difícil lo aseguro contestó Montperrier, en Lahore necesitaría yo más de los servicios de usted. Nosotros somos parisienses y nada más.

—Si me atreviera, diría que tiene usted razón pero París no parece bastante grande cuando se llega de la tierra.

—Ciertamente que nos faltan las riberas doradas del Ganges dijo la vizcondesa los cielos encendidos, las bayaderas danzando á la luz de la luna pero yo creía que París sin embargo era algo.

—Sí que lo és y se puede decir con orgullo aunque no sin lamentar que cada parisiense viva asido á la preocupación de considerarse centro del universo.

—Yo no pensaba que estuviéramos llenos de preocupaciones ¿qué piensa usted de ese cumplimiento, Claudia?

—Usted tiene, señora, una manera terrible de presentar las cosas.

He hablado del parisiense confinado en París, y la señorita Claudia acaba de venir del campo donde ha visto muy de cerca una humanidad diferente de la del barrio de San Germán.

—El proceso de París por los pensadores? dijo desdeñosamente Montperrier. Que se me diga por qué todo aquel que piensa se vuelve hacia París esperando de París algo.

—Por desgracia no es eso ahora tan cierto como lo era en otro tiempo. Y me temo que usted y yo no estemos hablando de un mismo París.

—En el siglo XVIII el París mundano ha llamado la atención del mundo civilizado.

—Pero desde hace dos horas estamos muy lejos del siglo XVIII y de todos los siglos pasados.

—Estamos en el siglo XIX señor Deschars, interrumpió Claudia, y estamos al terminarlo, lo cual cambia el aspecto de las cosas. Yo he llegado del campo, es verdad, y allí no me encontraba mal pero aquí estoy muy bien, en verdad, y

ese día, todavía lejano por fortuna, sigo el último consejo de mi padrino: me abandono á mi juventud.

—Y hace usted bien, replicó Deschars porque la desgracia del París de hoy es ser viejo hasta en sus jóvenes, fatigados de no pensar ni obrar, regresados ya de todas partes sin haber ido á ninguna. Los jóvenes, señorita, son aquellos que tienen en el corazón impulsos de generosidad, los que creen, los que dan un fin noble á su vida, los que luchan contra el desencanto del mundo y rehuyen en la derrota rendirse. Los viejos son toda esta juventud estrecha de cálculos bajos, de ambiciones bastardas, despedazada por la vanidad de figurar, raquítica, impotente y mala que se jacta de sus defectos como un galeote de la marca de sus cadenas. No pueden comunicar las alegrías del vivir puesto que no son ellos nada más por una lamentable y faláz apariencia de vida.

—Vamos, Deschars, dijo la vizcondesa ¿Que es lo que le ha hecho á usted nuestra juventud? Tiene usted acaso razón? El señor de Montperrier que está en la batalla dice á veces desde su altura cosas muy diferentes. Comencemos por dar el buen ejemplo y volvamos á nuestros cuadros de caridad.

Deschars se apresuró á ver á Puymaufroy y le dijo su descubrimiento, las pretensiones manifiestas del joven estadista y la complicidad demasiado cierta y demasiado visible de la señora Fourchams. Montperrier tomó como punto de honor quitarle la conquista á su rival. La hermana de aquel hasta allí borrada, permanecía con la vizcondesa para cubrir la retirada. Pero Claudia no parecía dispuesta á las confidencias ni á las expansiones. Súbitamente encerrada, podían percibirse en ella preocupaciones, inquietudes y descontento. En el carruaje en que salía á pasear con la señora Maria Teresa, esta no podía sacarle una palabra.

El elevado desinterés de Deschars, parecía á la joven tanto más insoportable cuanto que hacía aparecer en toda su miseria la razón calculista de Montperrier. ¿Pero qué puede en un alma combatida la sola virtud de la verdad cuando todas las fuerzas exteriores se acumulan para hacerle

no creo que haya nada en el mundo superior á la vida de París; naturalmente que hablo de la vida que me ha tocado en suerte. Cuando sea vieja, incapáz de gozar, meditaré sobre las vanidades de la tierra; pero mientras llega

resistencia? Deschars había salido al encuentro del mundo. Y de qué le serviría su valor? No se impondría por su genio porque los hombres de altos pensamientos solo pueden llegar por lo común á la gloria póstuma, estando mientras viven aplastados por la presión de los más fuertes. El tenía grandezas íntimas y era tal vez más bello que por todo y más digno de admiración, por el filosófico desdén que le inspiraban las contemplaciones mundanas; pero esas sublimidades apenas tenían eco en un débil corazón de mujer asediado por tentaciones constantes de alegrías inmediatas.

En cambio Montperrier, mediocre pero bien dotado, poseyendo apreciables facultades de habilidad y de elegancia, tenía la ventaja de estar al servicio de las potencias que manejan el mundo. Sin duda se le distinguía muy bajamente empujado y muy enano con sus éxitos parlamentarios, pero qué importa? un impulso superior podía dirigirle en la ejecución del mercado conyugal, en que la victoria corresponde siempre al poder del dinero.

Así hablaba la sangre de los Panetier, de la que por una ley misteriosa, Enrique pudo haber transmitido á la niña partículas sutiles, sin haber sufrido él nunca su influencia relajadora. Y esta influencia provendría de los Panetier, plebellos y rudos ó vendría de los Puymaufroy nobles é inteligentes? Los últimos representantes de ambas razas habían sido reconocidamente calculadores en el mercado de almas y cuerpos, al cual cada uno llevó su parte de elementos materiales é intelectuales para la formación de la raza que debía sucederles. ¿Sobre Claudia, sobre esta criatura inocente estaría destinado que recayeran en fatal complicación los pecados de sus abuelos? ¿O la hija de Clara se encontraría como en otros tiempos su madre, firme y altiva, frente á frente de los más fuertes?

Dos poderes se disputaban esta alma: Domingo Harlé, viviente ejemplo de actividad feliz, y Enrique Puymaufroy contemplativo y retardatario: éste todo amor y el otro pródigo de placeres; las elevadas abstracciones morales tentaban poderosamente la juventud de Claudia, pero desde el primer esfuerzo los atractivos del mundo cortaban el arrebató de las alas juveniles y hacían caer el alma vencida. En el corazón de su padrino la niña hallaba siempre felizmente el gran refugio y se habría abandonado al acaso ya sin las ardientes palabras de la ternura nunca desmentida ni nunca cansada de Puymaufroy. ¿Quién la amaba pues verdaderamente? ¿Quién había recibido de su madre moribunda la misión de velar por ella? ¿Quién no se dejaba desanimar en su tarea de abnegación y de amor, ni por las salidas de tono de Harlé, ni por la necia frivolidad de la misma cuya felicidad se pretendía?

(Continuará.)

PAGINAS DE LA MODA.

CABEZA ALTIVA

En las inmensas y luminosas regiones del éter, donde todo ruido es armonía y plegaria todo pensamiento, forman bandadas y círculos de adoración hermosísimas cabezas llenas de viva luz, y por luz intensa rodeadas.

De sus ojos brota la mirada serena y pura, como claridad de amanecer, en sus labios palpita la frase de oración con ese estremecido y suave rumor del árbol, cuyas ramas mueve venticillo de Mayo; sus cabellos son como huellas luminosas que retratan direcciones de pensamientos, y su frente, que ninguna arruga cruza, ni ninguna pena mancha, tiene la majestad de la lápida de mármol en que se ha escrito la palabra «Dios,» y la gracia atractiva de la frente del niño, donde quedan los besos de una madre como los pájaros al dormirse en el nido.

Cuando la palabra creadora cae sobre esas cabezas para bajar después á convertir las nebulosas en soles y los soles en mundos, todas ellas se inclinan y un estremecimiento luminoso traduce su adoración sublime; luego, aquella luz trémula, aquel deslumbrador parpadeo se condensa en sonido y una música dulci-

Poderosa al principio y altiva siempre, aquella mujer de indecible hermosura, paseó por el mundo su satánico orgullo, su supremo desdén sin compadecer nunca á las víctimas ni doblar la cabeza para contemplar á los que se reían á su belleza ó á su imperio.

Persiguieronla después en apretado haz las adversidades, y cuanto más le afligía la desgracia, más se erguía aquella cabeza hermosa y rebelde.

Desde los esplendores de un trono cayó en la lobre-guez de una prisión, y para saciar en ella su ira sin límites, determinaron sus persecutores que el carcelero afligiese á aquella desgraciada mujer con la más brutal de las injurias.

Todas las pruebas, todos los martirios, todos los horrores no pudieron hacer que su soberbia desmayase, que su cabeza se inclinara.

Mas transcurrido un año de prisión, la infeliz, en la miseria de la cárcel, dió vida á una desdichada criatura; y así como la tenía en su regazo con esa cariñosa y solemne actitud de las madres que parece que á la vez amparan y acarician, el niño lloró.

Quebráronse rápidas durezas del mármol en el cue-



TRAJE DE PRIMERA COMUNION

chada; tómesese después un trozo de magnesia; mójese esta también y frótese vigorosamente la mancha. Déjese en seguida secar y quítese el polvo que se quedó adherido al trapo. Toda mancha habrá desaparecido.

Las manchas producidas por el aceite de petróleo ó la esencia mineral se evaporan sin dejar huella alguna, simplemente exponiendo la tela al aire. Para las manchas de lodo, el mejor medio es el lavado, pero si resisten, se disuelve una yema de huevo en una pequeña cantidad de agua tibia y se enjabona con esa mezcla la parte manchada.



TRAJE PARA REUNIÓN

TRAJE DE CASA

sima rodea á las hermosas cabezas, del mismo modo que á la masa de árboles que un sol de primavera ilumina, rodea el suave rumor de sus hojas que tiemblan cerniendo al temblar la luz y envolviéndose de este modo los árboles, á la vez, en reflejos y músicas.

Sucedió que al bajar la palabra creadora todas las cabezas se inclinaron, menos una. Su altivez, su delito, trazó una línea negra en medio de aquella vivísima y deslumbradora luz; y por esa línea negra descendía rápida la cabeza altiva desde las inmensas y deleitosas regiones del éter á las prisiones y miserias de este mundo.

Uniósele al llegar á él, hermoso cuerpo de mujer, y la cabeza altiva quedó prisionera en un hermoso cuello, blanco, sí, pero duro como el mármol.

Y al verificarse esa unión, los labios de la rebelde y hermosa cabeza murmuraban:

—¡No me inclinaré nunca!

llo de aquella mujer, y la hermosa y altiva cabeza se inclinó por vez primera para dejar un beso.

Y de ese modo, quien fué de angel rebelde á Dios, quien de mujer desafió las iras y las persecuciones de los hombres, de madre se rindió á su hijo y todo le fué perdonado.

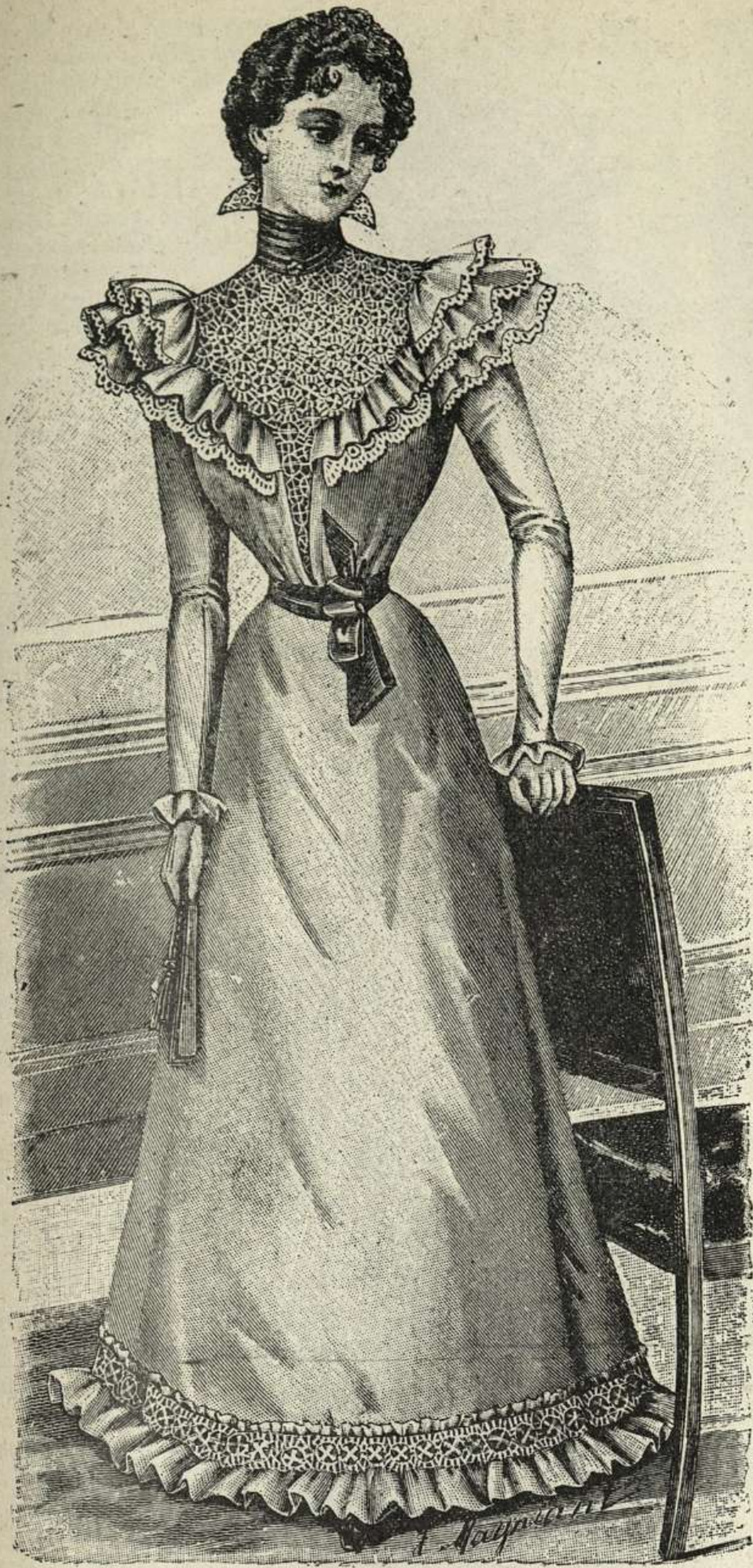
En la civilización moderna, cultivar las ciencias es más necesario quizá para el estado moral de una nación, que su prosperidad material.

PARA QUITAR LAS MANCHAS.

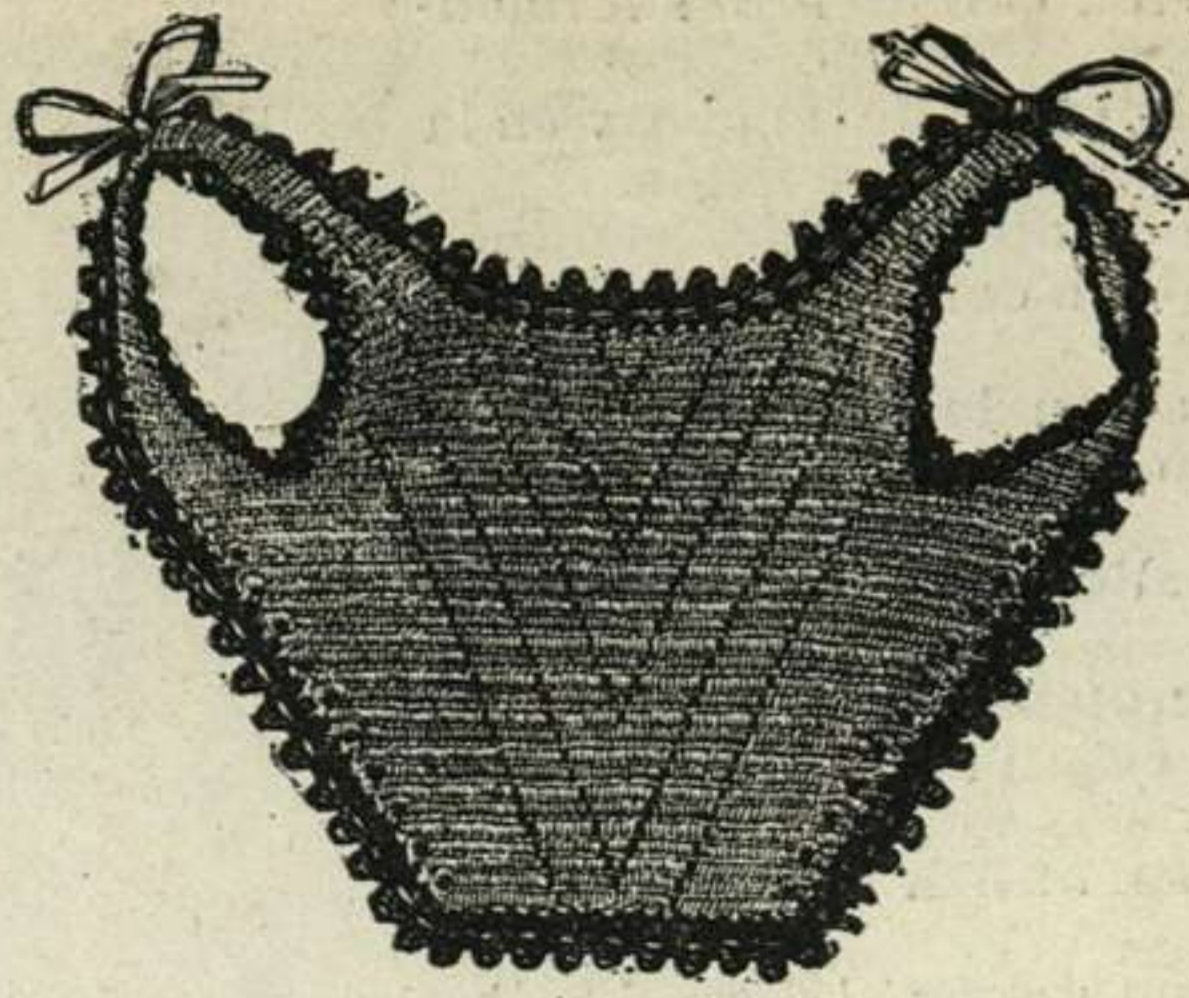
He aquí una excelente fórmula para quitar las manchas de grasa de los géneros. Mójese la parte man-



TRAJE DE LANA.



TRAJE DE SEDA ROSA



BABERITO PARA NIÑOS

llo y puños blancos postizos:
La manga es enteramente lisa y ésta misma figura globo.
La falda es derecha y no lleva ningún adorno.

TRAJE DE SEDA ROSA.

Este traje es verdaderamente sencillo y chic.

La Berta del corpiño es de encaje y cae en punta por delante. Al rededor tiene un olán del mismo género y abajo de éste uno de encaje.

El cinturón es de listón y lleva un moño á un lado.

La manga es angosta y lleva tres olanes con un encaje angosto á la orilla y en la parte inferior un olán de seda.

El cuello forma Médicis y es de un ancho de cuatro centímetros.

La falda en la parte inferior está adornada con un olán doble de seda, y arriba de éste tiene un entredos de encaje.

BATA PARA CAMISA DE SEÑORA.

Esta bata es hecha de género de lino, á la orilla está ondeada y bordada con puntada de ojal. Al rededor tiene unos botones de rosa y en el centro un ramo lleno de botones. Esta bata puede ser hecha de diferentes dibujos.

La manga es ancha y lleva los mismos adornos que la bata.

BATA CON MONOGRAMA PARA CAMISA DE SEÑORA.

La bata á que nos referimos es de encaje figurando tejido de orquilla. En el centro se le pone el monograma ó bien á un lado.

La manga está hecha con la misma bata y está adornada lo mismo.

Se le puede hacer bordada ó de gancho.

BABERITOS PARA NIÑOS.

Este haberito á la vez de ser muy elegante es muy sencillo. Es hecho de gancho, figurando un corselete, en cada hombro lleva un lacito de listón.

DELANTAL PARA CANTINA.

Este delantal es de género blanco, el peto forma blusa en la parte de arriba y tiene una berta de alforzas. En el talle tiene un cinturón del mismo género, que termina en un moño grande atrás.

La falda de este delantal tiene dos alforzas en la parte inferior.



DELANTAL DE GÉNERO BLANCO

CANDELABRO NORUEGO DE PARED.

Es de bronce, y su origen es Noruego. Se le utiliza en los comedores, y en los salones de fumar y tiene una forma ochavada.

La placa está pintada con diversos dibujos como lo demuestra el grabado.

En el centro de esta placa hay un reflector y en la parte superior se coloca una placa igual á la que acabamos de describir, pero más chica.

En la parte inferior de la placa se colocan dos candelabros, cuyas luces dan muy buen reflejo y alumbran una pieza perfectamente sirviendo al mismo tiempo de un bonito adorno.

VESTIDO PARA NIÑO DE 10 Á 12 AÑOS.

Es de paño asargado y consta de tres prendas: pantalón, chaleco y saco redondo. Este último tiene la particularidad de una elegantísima solapa y dos órdenes de bolsos con cantineras. El pantalón lleva dos cintas de terciopelo en las costuras exteriores de cada pierna. Es un lindo modelo muy á propósito para la estación.

GRUPO DE TRAJES PARA SEÑORITA.

Vease desde luego el elegantísimo bolero que aparece en primer término.

Demasiado abierto lleva los bordes del coselete bordados de pasamanería, una elegante gola lgeramente abierta guardando el cuello, y dos órdenes de bordados de pasamanería en la espalda. Un lazo de raso cierra graciosamente el bolero.

Un traje de vichy, para casa, en forma de bata, ocupa preferente lugar en el modelo. Está ceñido por una sencilla cinta del mismo género y lleva una capelina sencilla y un escapulario gracioso. Acompaña á este modelo una chaqueta de sarga para primavera sin más adorno que un orden de botones de acero, dos órdenes de alforzas sencillas, un cuello con reminiscencias de Médicis, y un orden de botones en cada manga.

ELEGANTE CAMISA DE HOMBRE.

De puro lino con aplicación completa de corbata y puños.

Muy sencilla de hacerse y de muy bonita forma.

NUESTROS GRABADOS

TRAJE PARA REUNIÓN.

Este traje está hecho de un género blanco delgado. La blusa lleva en la parte delantera en ambos lados adornos de cinta de Atlas, de dos centímetros de ancho.

Tiene una berta, que forma cuello ancho y acaba en el talle en punta.

El cuello es Médicis y va adornado de encaje.

El cinturón es de listón ancho y tiene un moño grande atrás.

La manga es angosta, está adornada con un entredos y á la orilla lleva la cinta plegada.

La falda de cada lado del delantero tiene tres vueltas de esta cinta fruncida.

TRAJE DE CASA.

Este traje es de género de lana. La blusa es abierta por delante y lleva pechera blanca con cuatro botones. El cuello blanco forma Médicis y se usa corbata blanca.

El cinturón es de cuero y lleva hebilla ancha.

La manga es angosta y tiene un olán en la parte de arriba.

La falda es sencilla, solo está adornada por una tira de género escosés, como verán nuestras lectoras en el grabado.

TRAJE DE PRIMERA COMUNIÓN.

Este sencillo y elegante traje que esperan las niñas con tanto entusiasmo, es de género blanco de linón fino.

El corpiño tiene siete vueltas de alforzas anchas y el talle está plegado, dejándolo caer un poco sobre el cinturón. Este es de moiré y del lado izquierdo lleva una bolsa de seda con moños de listón.

La manga es angosta y tiene dos olanes y en la parte inferior lleva una ruche de encaje muy plegada lo mismo que el cuello.

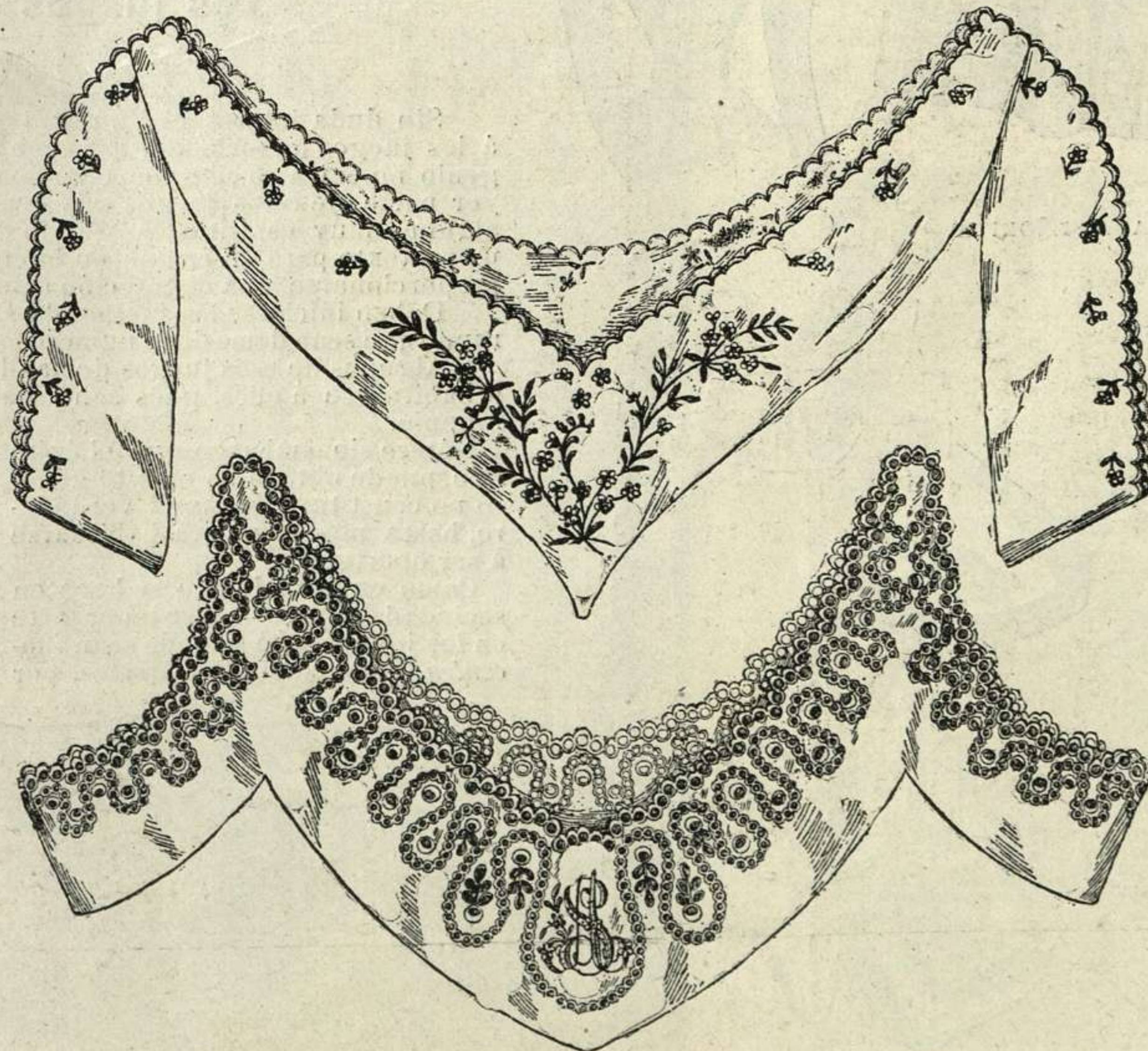
La falda es sencilla, sólo está adornada por seis alforzas anchas.

TRAJE DE LANA.

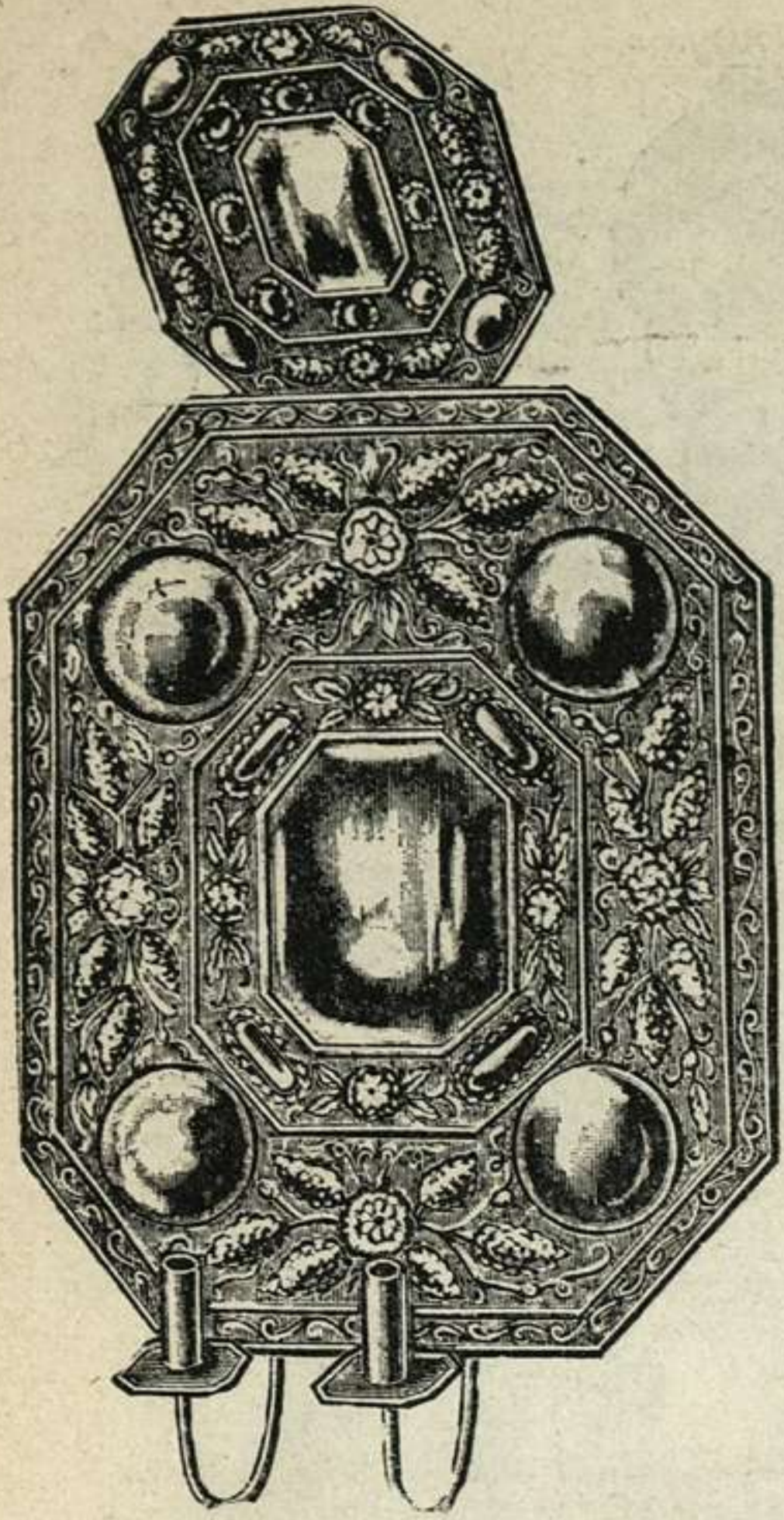
El corpiño está adornado por tres tablas de cada lado y en la parte de arriba con dos botones.

El cinturón es ancho y de cuero con hebilla grande.

Este corpiño puede llevarse con cue-



BATA PARA CAMISA DE SEÑORA
BATA CON MONOGRAMA PARA CAMISA DE SEÑORA



CANDELABRO NORUEGO DE PARED

TRAJE PARA LA CALLE.

El traje de que vamos á hablar es de cachemir azul. El corpiño está abrochado bajo el brazo izquierdo, y está fruncido del talle. De cada

lado lleva tres vueltas de listón con dientitos formando bolero.

El cuello es de diez centímetros de ancho y en la parte de atrás tiene un moño grande de listón.

El talle lo forma una cinta de diez y ocho centímetros de ancho y termina también con un moño grande atrás.

La manga es angosta, tiene en la parte de arriba dos olanes, en la del antecodo tres vueltas de listón y la parte inferior forma pico.

La falda es derecha y sin adornos.

CANASTA MOISÉS

La canasta tiene treinta centímetros de alto, cincuenta de ancho y noventa y seis de largo.

Para hacer esta canasta se utiliza tul blanco con encajes sobre satin de color.

El copete tiene forma de una gorra; al derredor lleva un olán de encaje plegado y en el centro un moño de listón.

ADORNO PARA CUARTO DE CABALLEROS.

Está compuesto de una placa de madera de un centímetro de grueso, teniendo un ancho de cincuenta centímetros por setenta y cinco de largo, y en la parte de atrás lleva un gancho para colgarse.

A la distancia de dos centímetros del borde, se hace el dibujo que demuestra el grabado.

En medio de este cuadrado se pinta la cabeza de un venado ó de cualquier otro animal.

El fondo de la placa se pinta de color guinda, y así resalta el dibujo, quedando completo el adorno adecuado para un cuarto de caballero.

DIBUJO SOBRE UNA MESA.

Para hacer los dibujos que nuestro grabado representa en pintura sobre una mesa se recomienda que ésta tenga un largo de noventa y tres centímetros por cuarenta y cinco de ancho.

El espesor de la mesa debe ser grueso para que los diversos dibujos salgan bien. Los bordes de la mesa para que los dibujos resalten más van pintados de color de oro.



TRAJE DE CALLE

Los juegos de Sociedad.

PROVERBIOS

Sin duda interesará á nuestras lectoras que les digamos algo relativo á los juegos de sociedad. Estos no siempre son juegos de ingenio. El ingenio no entra en ellos sino cuando uno se propone hacerlo entrar. La mayor parte de estos juegos son demasiado ingeniosos, habiendo empero algunos muy espirituales. Por lo demás ne hay que ver en ellos más que un pretexto para divertirse en buena compañía y como una ocasión para proporcionarse una distracción saludable.

Deben iniciarse los juegos de salón entre jóvenes y señoritas, procurando que sean demasiado numerosos.

Algunos de esos juegos demandan presencia de espíritu y no sería mal habituarse á ellos, pues son para los jóvenes un buen aprendizaje de ingenio.

Nótese sin embargo, que el éxito que puede obtenerse en este género no constituye el *esprit* verdadero; basta mas bien para habituarse á ser oportuno.

Como en todo lo que se hace en sociedad hay que saber tener arte en los juegos, aún cuando sean *inocentes*, como suele llamárseles, por



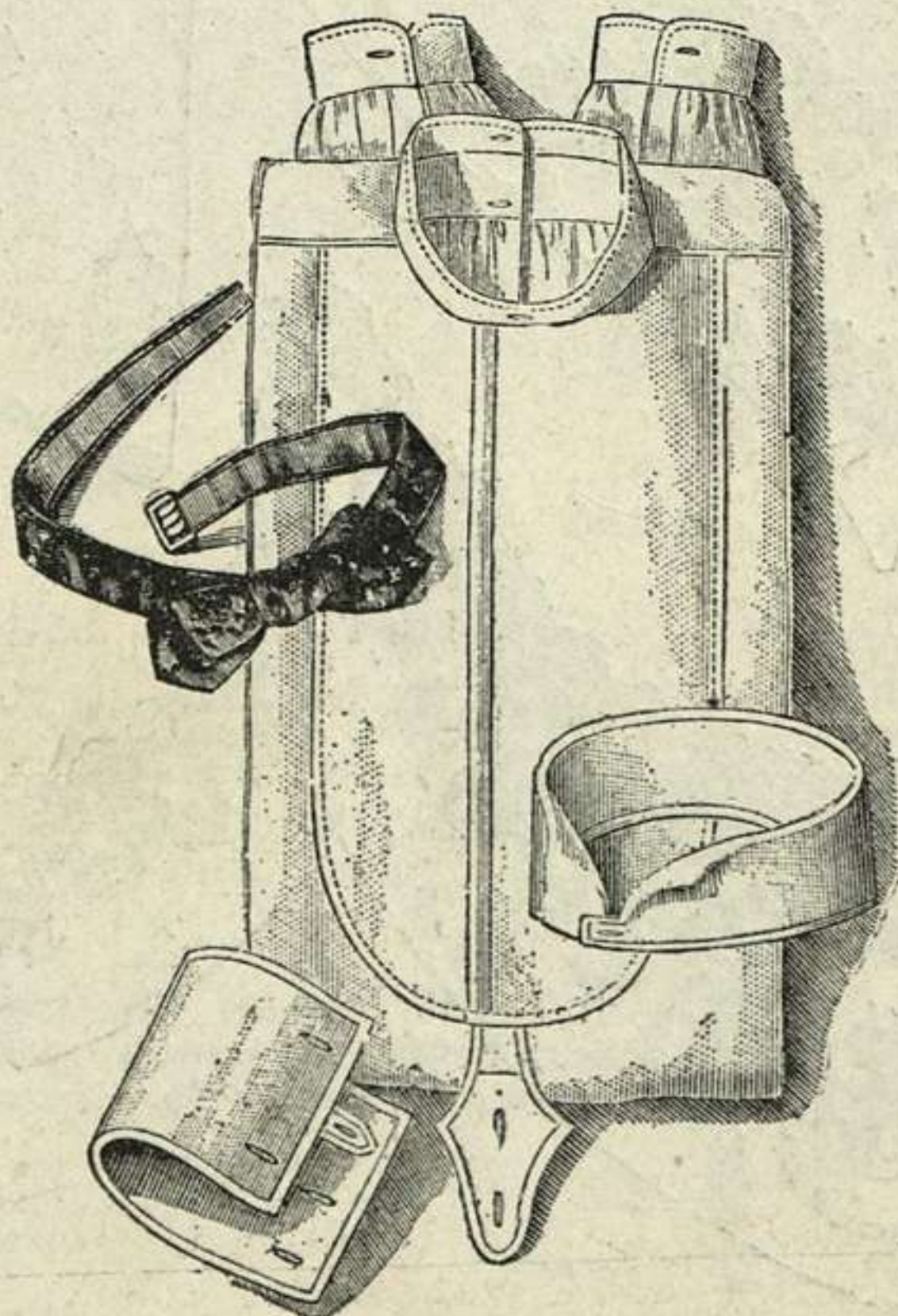
CANASTA MOISÉS



GRUPO DE TRAJES PARA SEÑORITA



TRAJE PARA NIÑO DE 10 Á 12 AÑOS



CAMISA PARA HOMBRE

más que á veces no lo sean. Es preciso portarse como la mayoría, sin mostrar jamás ni tédio ni despecho, y es muy agradable, tanto para sí mismo como para los otros, conocer un poco todos los juegos y tener cierta habilidad para ellos. En los juegos hay siempre uno á quien toca hacer el papel de víctima. Este debe portarse afablemente y sobrellevar de buen talante las vicisitudes del caso. Es la mejor manera de divertir y divertirse.

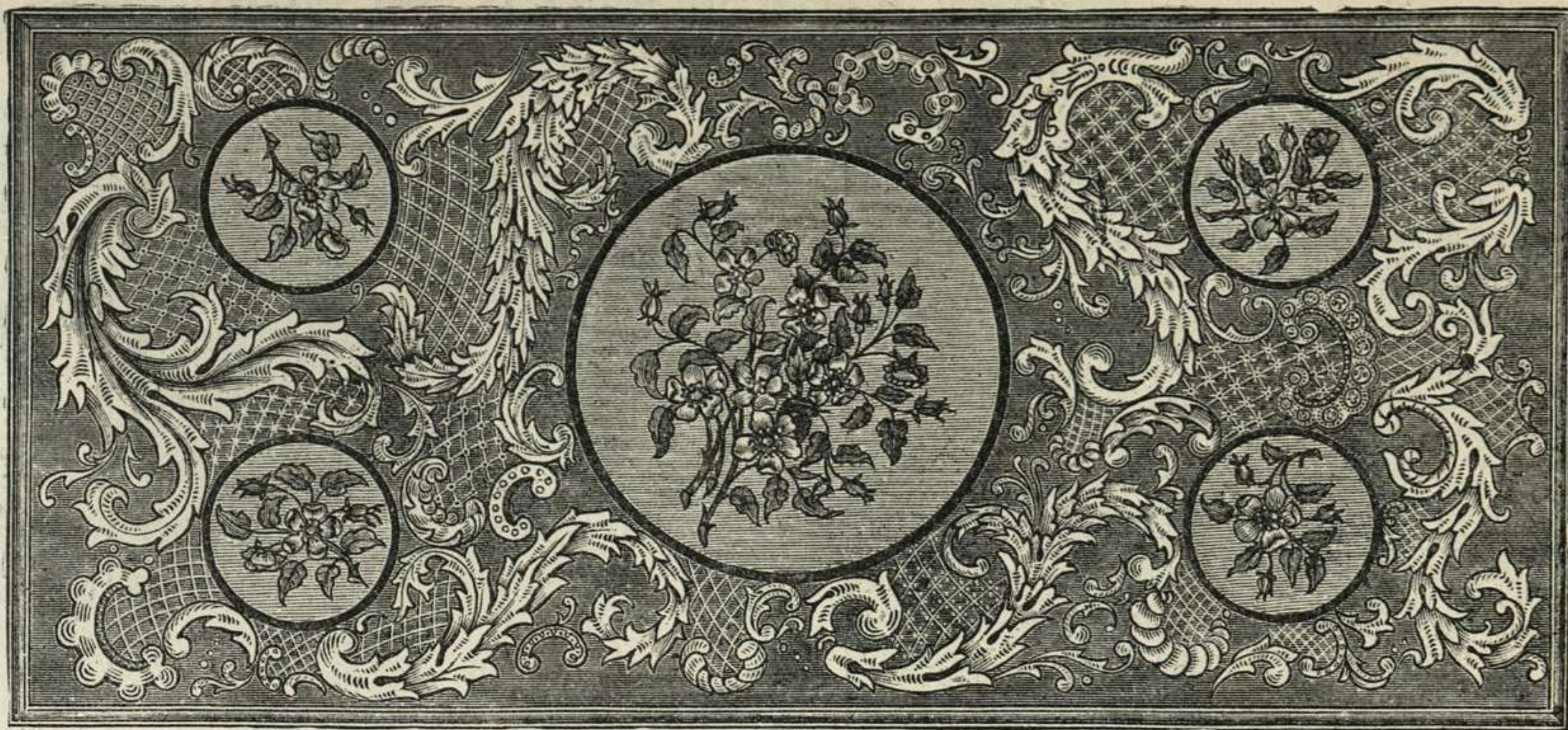
Y ahora vamos á dar detalles sobre un juego poco conocido en México y que es sumamente agradable. Se llama el *Juego de los Proverbios* y es como sigue:

Una persona de la Sociedad se retira. Se escoje entonces un proverbio que tengan tantas palabras como personas que están presentes. Cada uno toma una palabra en seguida; por ejemplo si son cinco: *á buen gato buen ratón*; empezando de izquierda á derecha.

La persona designada vuelve y propone á cada uno de los presentes una cuestión de su elección; la interrogada debe poner en su respuesta la palabra que le tocó en suerte. Esto requiere algunas veces cierta finura porque hay que colocar la palabra sin llamar la atención.

Suponed que os han preguntado por ejemplo: *¿ama usted la música?* y que teneis que colocar la palabra *rata* del proverbio que os tocó en suerte; como veis no es muy fácil deslizarla oportunamente y está uno obligado en ese caso á iniciar un largo monólogo para llegar á encuadrar la expresión de manera que parezca natural.

Acabado el turno de las preguntas, se dan tres golpes en el suelo y todos gritan su palabra al mismo tiempo, lo que produce una cacofanía que impide al paciente entender una jota. Es en vano que trate de



CUBIERTA DE MESA PINTADA

asir una sola sílaba que pueda ponerlo sobre la pista, para adivinar el proverbio. Se comienza de nuevo, una, dos veces, y esta es la fase más divertida del juego, sino la más espiritual.

Este juego no está muy extendido y garantizamos el éxito á todos aquellos que lo introduzcan en un salón donde no es conocido.

Todos estos juegos de ingenio no pueden tener lugar sino entre íntimos amigos, porque un extraño tiene muchas probabilidades de ponerse en ridículo. Bien arreglados; entre gentes de buena educación, con las cualidades requeridas, constituyen un pasatiempo agradable y divierten en sumo grado.

Un niño y una niña estaban embobados ante un cuadro que representaba la creación, en el cual Adán y Eva aparecían desnudos.

La niña más curiosa [mujer al fin] preguntó á su hermano:

—Ricardo, ¿cuál de los dos es el marido?

—¿Qué cosas tienes, tonta! ¿Pues cómo he de conocerlo si no están vestidos?

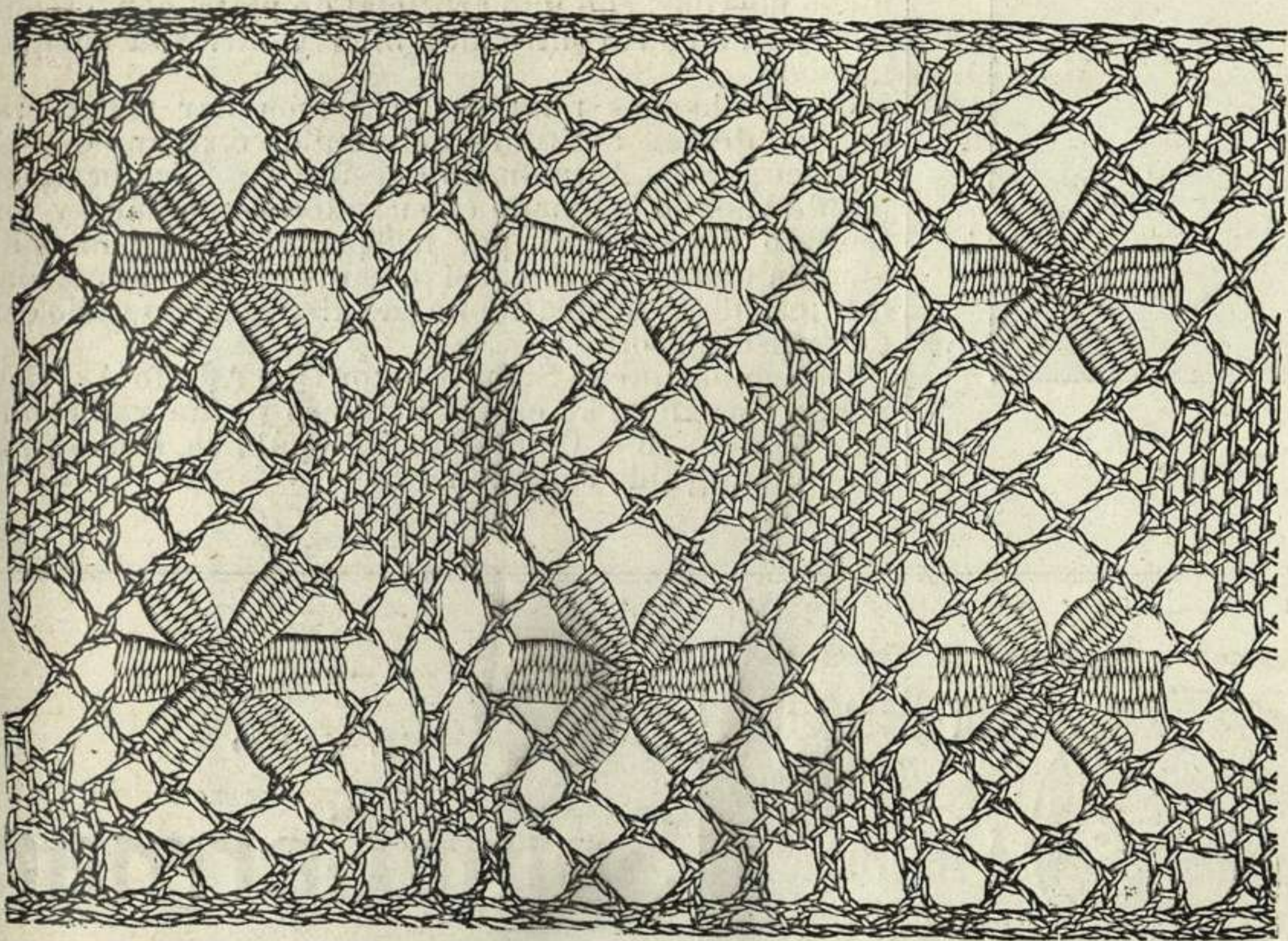


ADORNO PARA CUARTO DE CABALLERO

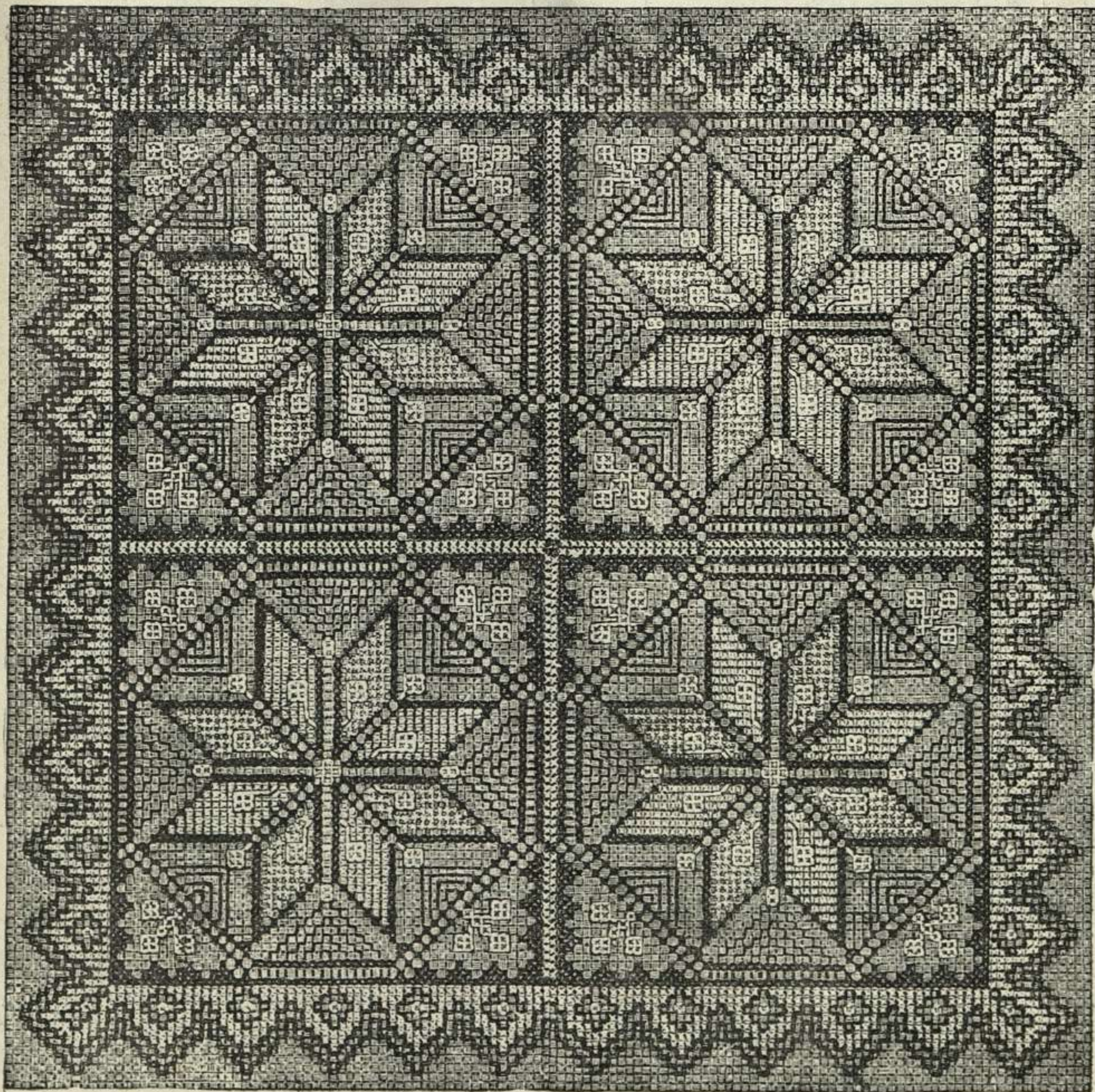
Otro pago de \$3.000,00 de "La Mutqa" en México

Recibí de "The Mutual Life Insurance Company of New York" la suma de [\$3.090.00] Tres mil pesos, en pago total de cuantos derechos se derivan de la póliza núm. 44 9,831 bajo la cual estubo asegurado mi finado esposo el Sr. D. F. Melesio Alcántara y para la debida constancia en mi carácter de Albacea legalmente nombrada extiendo el presente recibo en la misma póliza que se devuelve á la Compañía para su cancelación en México á 18 de Febrero de 1898.—Angela O. Vda. de Alcántara.

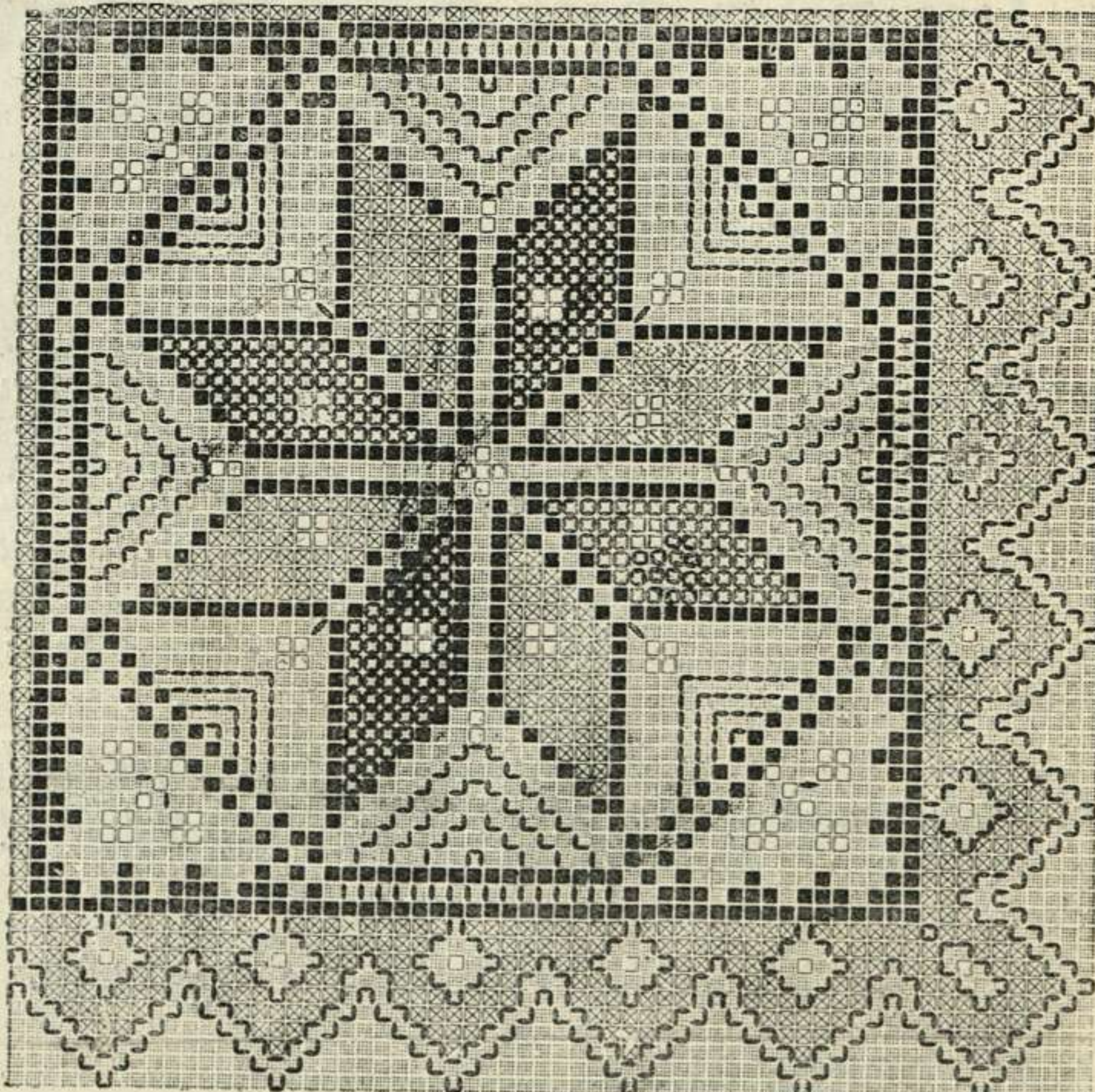
Rafael Pérez Gallardo, Notario Público. Certifico que la Sra. Angela O. Vda. de Alcántara, albacea del finado Sr. D. F. Melesio Alcántara que estubo asegurado en "The Mutual Life Insurance Company of New York" bajo la póliza número cuatrocientos cuarenta y nueve mil ochocientos treinta y uno: suscribió en mi presencia el recibo que antecede recibiendo á su entera satisfacción la suma que expresa. Y para constancia extiendo la presente certificación en México, á diez y ocho de Febrero de mil ochocientos noventa y ocho.—Lic. Rafael Pérez Gallardo.



TEJIDO DE GANCHO



TAPETE PARA BURÓ.



DETALLE DEL TAPETE

Notable Doctor en Cirujia Dental.

Justo es reconocer el mérito en donde existe y conveniente para el público saber en quien puede encontrar alivio á sus sufrimientos. La gratitud que se profesa al Cirujano de que hoy nos ocupamos, ha hecho que al querer uno de sus clientes significársela de una manera pública, lleguen á nuestro poder algunos apuntes biográficos del Doctor Adolfo A. Price.

Dicho Doctor es joven, pues nació en la capital de Rusia, San Petersburgo, el día 15 de Julio de 1858. Siendo él un niño, sus amables padres se trasladaron á Estados Unidos de América, y en Filadelfia, hizo el completo de sus estudios preparatorios y obtuvo luego en la distinguida Facultad Dental de esa ciudad, su título profesional, después de merecer unánimes aprobaciones en todos sus cursos. Pasó luego á Nueva York, de cuya escuela también obtuvo el título de Cirujano Dentista, y practicó al lado de positivos maestros, en ciencia tan delicada.

El carácter viajero del señor Price, le hizo hacer á un lado el lucro y se dedicó á recorrer casi el mundo entero. En los lugares donde se ha detenido para ejercer su profesión, ha merecido calurosos elogios. Así lo vemos por las publicaciones periódicas que tenemos á la mano y de las que sólo citaremos algunas y no todas, por no permitirnos las estrechas dimensiones de un artículo de la índole del presente.

El Eco del Comercio de Mazatlán, decía el 13 de Abril de 1889 entre otras cosas: «nosotros que tan ávidos somos para hacer recomendaciones, por las que del hábil dentista Señor Price, han publicado periódicos caracterizados, nos vemos en el caso de hacer una especial que nos agradecerán aquellos de nuestros lectores que necesiten de ese Médico especialista»

«La Gaceta Jalisciense dice..... «Deseosos de no aparecer como llevados de la primera impresión quisimos que el tiempo nos dijera exactamente si el Doctor Adolfo A. Price, era ó no acreedor á la fama y recomendación que trajo cuando llegó á esta ciudad. Algunos meses cuenta ya en Guadalajara y hemos tenido oportunidad de admirar algunos de sus trabajos y las operaciones practicadas por él, operaciones que nos han demostrado que el Sr. Doctor Price, es un inteligente Dentista. La sociedad cuya sensatez, no ponemos en duda, sabrá estimar la inteligencia y conocimientos que en el arte dental posee el caballero á quien venimos mencionando.»

Las Noticias diario de Guatemala, dice el 4 de Octubre de 1892: Está de paso en esta ciudad en su viaje á Europa, el distinguido Doctor Adolfo A. Price,



Doctor Adolfo A. Price

«cirujano dentista. En los trabajos que ha practicado aquí tan reputado Doctor, nos consta que ha demostrado ser hábil operador. Deseamos por bien de los pacientes, que prolongue su permanencia entre nosotros.»

«El Valiente periódico de León de fecha 11 de Octubre de 1891 dice: «El apreciable caballero, Adolfo A. Price, cirujano dentista afamado, acaba de llegar á esta ciudad. Tenemos magníficos antecedentes del Dr. Price y por ello lo recomendamos á nuestros amigos y al público en general.»

En Centro América mereció elevadas distinciones y elogios, los que, por no ser difusos omitimos; limitándonos á citar algunos periódicos de los principales que los contienen. El Bien Público de Quetzaltenango, Diario Oficial de Caracas Venezuela en 1879, Periódico Oficial del Brasil en 1892; en Colón, República de Colombia en Febrero de 1895, encontramos en The Colón Telegram, una de esas menciones que por concretas, son más significativas y más aún en redactores sajones, dice así: «The Dr. Adolfo A. Price Surgeon Dentist, has done dental work for many persons here who have expressed themselves as being highly pleased with his skill and efficiency.»

Así sucesivamente vamos encontrando en la prensa universal, citas á este tenor y llama la atención en la de la Habana principalmente, el Diario de la Marina y La Lucha del año de 1887, en cuyas publicaciones se halla el aplauso más entusiasta por el hecho siguiente: Una enferma, habia sido ya tratada por varios facultativos, sin obtener el alivio que buscaba á cruelísimos dolores que sufría por tener invadido por la cáries el maxilar inferior. Ocurrió con el Doctor Price, y este cirujano logró extirpar la parte dañada, evitar la propagación de mal tan corrosivo y substituyó dicho maxilar, con uno artificial de plata, con el que la enferma se encontró muy bien y aliviada completamente.

Con los hechos relatados, creemos dar testimonio amplio de las aptitudes del notable cirujano de que nos ocupamos. Actualmente reside en Zacatecas, en donde ha sido estimado en su valer, como hábil y entendido en su arte, por las principales familias de aquella culta sociedad, así como por las eminencias médicas de la misma Capital, á quienes ha operado con éxito lisongero.

Deseamos que el Señor Doctor Don Adolfo A. Price, ponga término á su espíritu viajero y que radicando su gabinete en la Capital de la República, sea estimado y distinguido como lo merece.

LOEB HERMANOS

CRISTALERIA

ALCAICERIA N°210

5ª CALLE SUR B.

MEXICO

Una carta abierta

MEXICO, MARZO 1º DE 1898

Muy distinguida Señora:

Con positivo placer participo á Ud. que acabo de recibir un espléndido surtido de novedades para las próximas estaciones de Primavera y Verano.

Como de costumbre, mi casa de Paris seguirá enviándome lo más selecto y variado del ramo, pudiendo asegurarle que siempre encontrará en esta su casa, las más recientes creaciones de la fantasía de la moda, y podré satisfacer constantemente el exquisito gusto y delicadeza de que tantas pruebas me ha dado.

Esperando verme favorecido con sus muy apreciables ordenes que atenderé con sumo esmero y eficacia, le anticipo las gracias más expresivas y tengo el honor de ofrecerle nuevamente mi más alta consideración y respeto.

E. Bayonne.

AL JOCKEY CLUB
1ª. CALLE SAN FRANCISCO
MEXICO

PARIS 52
RUE RICHER:

Un Remedio Externo é Interno.
PAIN-KILLER
es un Remedio Seguro para las CALENTURAS, FIEBRES, COLICOS, DIENTERIAS, CALAMBRES, COLERA y todas las enfermedades de los intestinos. PAIN-KILLER es sin duda el MEJOR LIXIVIENTO FABRICADO. Dará pronto y permanente alivio en todas clases de CONTUSIONES, CORTADURAS, QUEMADURAS etc. De venta en todas las Droguerías y Boticas.

Reservado.



Envíe el dinero Mexicano por correo Certificado á Frankiin Hart Remedy Co., Warren St., NEW YORK U.S.A.

Saint German

DA FUERZA Y VIGOR

Y ES

recomendado por todas las eminencias médicas

CONTRA LA ANEMIA.

De venta en las Droguerías

Y BOTICAS.

GRAN OFERTA.

Preciosa VAGILLA DE PLATA, Gratis.

Para presentar nuestro inmejorable remedio CASCARA DE TE DEL DR. HART, al público de México DAREMOS ABSOLUTAMENTE GRATIS un valioso servicio de plata, consistente en un CUCHILLO PARA MANTEQUILLA, una AZUCARERA y una CUCHARILLA. Están hermosamente grabados y muy bonitos para el caso.

La medicina CASCARA DE TE DEL DR. HART es la mejor y más segura en el mundo para la cura de Constipación, Dispepsia, Indigestión, Abatimiento del Corazón, Dolores de Cabeza, Nerviosidad, Afecciones del Hígado ó de los Riñones y todos los desórdenes de los órganos de la digestión y nutrición.

Es puramente vegetal y absolutamente inofensiva. Su acción es agradable y efectiva; no causa molestias ni desagradables efectos. ES USADA POR LOS MEDICOS DE LOS ESTADOS UNIDOS Y DE GRAN REPUTACION EN TODO el MUNDO

Como un aliciente para que la gente de México trate este maravilloso remedio, enviaremos las tres piezas de servicio de plata descrita arriba con cada paquete de CASCARA DE TE DEL DR. HART. PRECIO DEL TE, DOS PESOS. Todas las ordenes se despacharán pronta y cuidadosamente.

«La Bohemia»

Gran Zapatería. -3ª Calle del Relox núm. 14.-México
MOCTEZUMA HERMANOS

Gran surtido de calzado de todos tamaños. Materiales escogidos de primera clase. Corte esmerado y últimas formas. Estilos Francés y Americano

ESPECIALIDAD EN CALZADO PARA DONAS Y BAILES.—Precios cómodos.

Calzado de medida á satisfacción. Se dá atención especial á los pedidos foráneos. Se remite calzado por Correo ó Express.—Se solicita correspondencia.